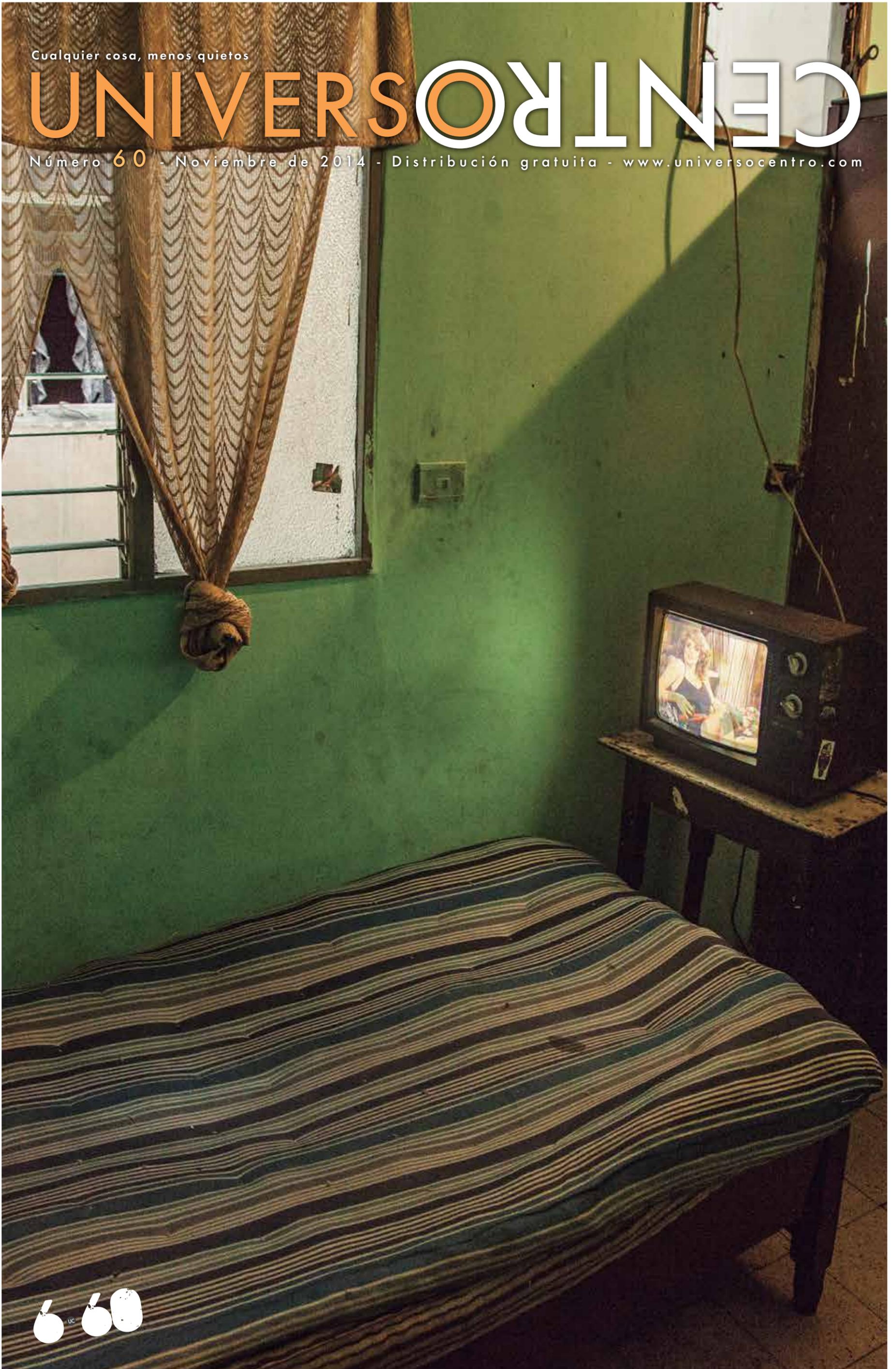


Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 60 - Noviembre de 2014 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



4

Doce horas
en un barco
camaronero

6

Instantáneas



8

Este lado arriba



16

Los zancudos
de Tenochtitlan

18

El vicio que
se volvió
inocente

20

Monedas de
arena

21

Un país bajo
atalayas

UNIVERSO CENTRO

Publicación mensual

DIRECCIÓN Y FOTOGRAFÍA

— Juan Fernando Ospina

EDITOR

— Pascual Gaviria

COMITÉ EDITORIAL

— Fernando Mora

— Guillermo Cardona

— Alfonso Buitrago

— David E. Guzmán

— Andrés Delgado

— Anamaría Bedoya

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN

— Gretel Álvarez

DISTRIBUCIÓN

— Erika, Didier, Daniel y Gustavo

CORRECCIÓN

— Gloria Estrada

ASISTENTE

— Sandra Barrientos

Es una publicación de la
Corporación Universo Centro

Número 60 - Noviembre 2014

18.000 ejemplares

Impreso en La Patria

universocentro@universocentro.com

DISTRIBUCIÓN GRATUITA

WWW.UNIVERSOCENTRO.COM

Crónica de una intoxicación

por EDUARDO ESCOBAR

Ilustración: Cachorro

Cuando terminé de revisar los dos mil y pico de trabajos enviados para participar en el concurso de poemas de amor de la Casa de poesía Silva, en Bogotá, lo primero que se me ocurrió fue correr a la droguería por un purgante. Me sentía indigesto, revuelto después de tantas efusiones, tantos llamados al amor ausente, tantos recuerdos de buenas damas que terminaron como damas lejanas. Cualquiera de ustedes me hubiera recomendado además una prueba de glicemia. Pero no, no había necesidad. Más bien faltaba el azúcar en ese montón de poemas, la dulzura, la delicadeza, la bondad, o en todo caso, cuando había algo dulce, era el dulce de la azúcar basta, ramplona, sin refinar.

Y cómo pesaban. Como media tonelada. Porque si algunos de los concursantes despacharon la carga de sus sentimientos en el vómito de seda de un soneto forzado o en un haiku traído por los cabellos a los reinos de miserias de la poesía como un milagro de condensación, otros necesitaban extender el chicle de su experiencia sexuoesentimental hasta las dimensiones de un canto homérico, con crujiertes maderámenes de barcos que ascendían a las estrellas para caer en lo pseudovirgiliano, con un enredo de viajes retorcidos y de diosas bizcas de alguna isla cordobesa, de Córdoba, Colombia.

Confieso que no leí todos los materiales de pe a pa. Pero también confieso que no me abstuve de consumirlos completos por pereza o por simple deshonestidad, sino más bien porque, a pesar del respeto que me inspiran todos los autores, aún los fallidos, todos los que intentan redactar un texto por su cuenta y riesgo, fui fiel al lema isabelino de que mal acaba lo que mal empieza, lema que Shakespeare recompuso, al menos en la traducción de mi propiedad, si no se ha perdido, si no se la han robado los amigos bibliómanos, diciendo que a buen fin no hay mal principio. Sí, decidí que si un poema cojeaba en los primeros trancos, o versos, para ser comprensivo, era imposible que llegara a alguna parte, y lo apartaba. Casi todos cojeaban. Algunos, entre el título y el primer endecasílabo inconsciente ya proponían la barrabada muchas veces, casi siempre, una de esas barrabasadas que ni siquiera dan risa, que más bien inspiran una inmensa compasión por los poetas enamorados. Uno dijo: "Amor sentimiento sublime que sale del corazón". Así, no se puede.

Casi todos los participantes en el concurso debían ser demasiado jóvenes para convertirse en auténticos poetas, eso se intuía, por la seriedad que ponían en describir sus romances y las debacles consigüentes. Aunque había algunos viejos, evidentes, que celebraban una esposa y unos niños, ya hombres y ciudadanos de pro, sin mencionar, claro, los berrinches y los pañales ni el sarampión, ni la marihuana del menor, como en una transubstanciación de vulgaridades en paraísos. Otro comenzó lo suyo diciendo: "Ansias de ti, de darte un beso". Ustedes, qué harían con un poema que comienza por estar tan ansioso... No hay mal que por bien no venga.



Despedidas

No se acostumbraban las despedidas en aquella áspera región del suroeste antioqueño donde vivía de niño. El abuelo Pateperro se fugó con el oro de la abuela envasado en botellas, sin decir "hasta luego" porque no pensaba que volvería cuando el oro se acabara. Se sabía que alguien se había ido por el eco del portón de golpe contra el botalón. Se fue, pensaban simplemente.

A los veinte años regresaba a dar un vistazo, por si acaso había quedado algo para él. Se iban en los caballos, los dejaban aperados en el puerto del río, y el caballo regresaba solo al hogar, para decir por dónde había salido el que se fue. Las mujeres, también se iban para Medellín a buscar trabajo en las fábricas, y los chicos se iban por el mal trato recibido, o por ambicionar otro cielo y otra nada. Fulano era el nombre de todos. El fulano se fue. Ese fulano podía parar en un circo ambulante, de culebrero en otra plaza, de jornalero en otra tierra, o nunca volver a saberse nada de ese tal fulano.

¿Qué se hizo? ¿Dónde estará? —Se fue. Yo también me fui como todos, ido como todos, sin decir nada, porque no había nada qué decir. Las gentes se iban como las aves, y cuando había alguna grave razón para alejarse, decían: se voló. Ni se volvía a saber nada, ni nadie se preocupaba por saber. Eran los tiempos del ferrocarril. Tal vez se iría en el tren, envuelto en el humo lleno de chispas de la locomotora de carbón.

Quizá no era indiferencia, sino la costumbre, las pocas palabras, y que no se conocía el amor, sino sólo el machete, el zurriago y el sombrero para tapar la cara. Gentes ásperas como sus tierras de montaña, todos condenados al infierno por el cura de la aldea, que trataba de construir su capilla con escasos centavos y una indiferente devoción de ceremonia y espectáculo.

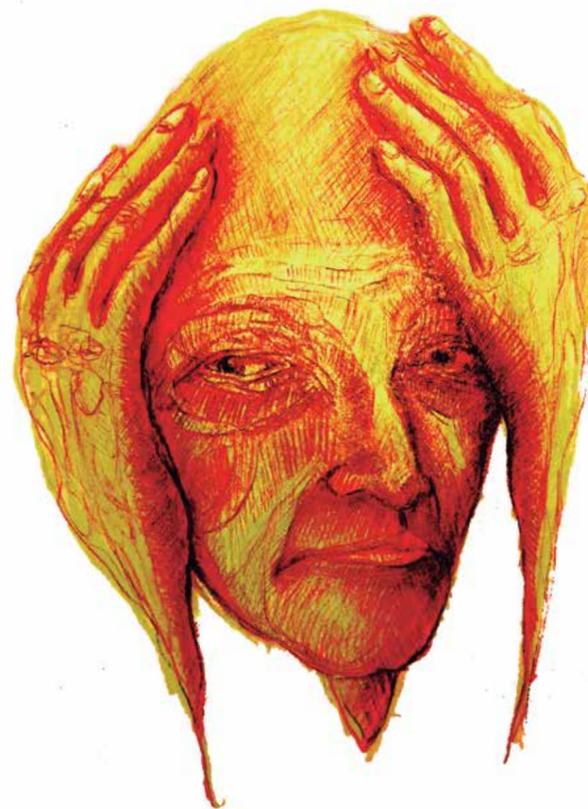
La montaña se cubría de niebla de la tarde a la noche, despertaba con displicente sonrisa, y otra vez volvía a cubrirse con la misma cobija húmeda y fría. Los que sabían que existía la tierra caliente se enrubaban hacia el Valle del Cauca, o se quedaban en el camino, aventureros perdidos en aquellas agrestes soledades. De quienes se quedaban, tampoco nadie sabía nada, sino ellos mismos, encerrados en sus casas, en la penumbra de sus vacíos comercios, en su desconocida pobreza.

La semana no tenía sino un solo día, que era el domingo de mercado. Los otros días pasaban como si no pasaran, únicamente con el martilleo de la fragua y las cansadas campanas del Ángelus. Y un día me fui solo con mi caballo, sin decir adiós. Al menos yo tenía ese caballo. Barba Jacob se había ido a pie desde su otra montaña para Barranquilla, Centroamérica, México, y también salía lo mismo, sin decir adiós.

La palabra adiós no se decía, porque era tabú. Mis tíos y mis amigos se fueron sin decir adiós, todos se iban yendo, como fantasmas. Hoy, cuando escribo, es el día de los fieles difuntos, muchos de los cuales se fueron así, sin despedirse. ☪

Jaime Jaramillo Escobar

Poesía de uso, 2014



estamos viviendo el final de la poesía, un final consecuente con la extinción de los filósofos a la vieja manera de los idealizadores franceses y de los hacedores de graves galimatías germanos, de elucubraciones palabreras acerca de ideas precocidas.

Porque llegó la hora de organizar los datos del mundo en proyección pragmática, las apariencias, de un modo perfectamente imparcial, y de renegar de las ideologías y de las emociones. Es la hora de los hechos. De los cerebros abiertos, medidos, calibrados, desmenuzados. Nada de lógicas abstractas: cómo salta la amígdala ante el recuerdo de un mantra, por qué los japoneses curan las audiciones fantasmales interrumpiendo una conexión detrás de la oreja. Y por qué esperan esos genes, presentes al nacer, para manifestarse en la depresión suicida de un hombre maduro. Y de qué modo las moscas con cáncer en el ano han ayudado a descubrir el origen de la enfermedad en los hombres (y las mujeres), las benditas moscas domésticas y los benditos moscos... Ahora, dime un verso que valga alguna cosa frente a eso. Todos los poetas se parecen tanto ahora. Y cantan las mismas cosas anacrónicas. Mangadas y banderas, y calles por donde andan los amores que se buscan y no se encuentran o se encuentran pero se pierden. Y entonces, apareciste con tus collares. Y me perdí.

Señoras y señores. Esas cosas ya no se dicen. Las mujeres, para empezar, se ríen de esas cosas y te llaman intenso y adornado. Bueno, habrá algunas despistadas que todavía gustan de los poetas. Pero eso se les pasa pronto. A veces, incluso, después de un matrimonio a las carreras, ante un cura acezante entre azucenas, y que si acaso dura un quinquenio como los planes económicos de los comunistas rusos del siglo pasado, termina en idéntica bancarrota y en idéntico soneto. "Serás, amor, un largo adiós que no se acaba: vivir, desde el principio, es separarse". No es mío. Ni de algún participante en el concurso. Ni más faltaba. Es de Pedro Salinas. Pero si uno no es Salinas, por lo menos, debería abstenerse de escribir poemas de amor. Es todo lo que quería decir. Ah. Y esto. Que un concurso de poesía es una catástrofe ecológica. Yo no sé cuántos bosques fueron desmenuzados para tanto papel, para tanto papelón. Tantos pliegos para babosear sobre Sandra, cuando me veo en tus ojos, o era Susana, cuando llegaste aquella tarde de lluvia yo tenía los ojos mojados... Etc. Olvidaba decir que algunas mujeres participaron en el concurso. Ellas, tan tiernas. Tan poco perniciosas. Sus poemas me permitieron suponer que todas son unas espléndidas amantes de esas que sudan y jadean y dicen palabrotas en el clima. Y que también cocinan un café de maravilla, amargo y pesado, como a ti te gustaba aquellos martes que ya no volverán, que ya no volverán a vernos juntos. O como dijo otro participante en el concurso: "Alimentando el espíritu para que pueda volar... los sueños materializan... a La flaca". Así, con el artículo en mayúscula como una rodilla que se dobla... en sublimada genuflexión. Aunque suene contradictorio. ☪



Cuando cayó el sol y todos se fueron a dormir, yo me acerqué al capi que miraba una brújula, un GPS y un sonar para seguir siempre la línea trazada; mantener el rumbo era lo único importante. Después de quince minutos de árida conversación decidí hacer lo que todos me recomendaron: echarme a dormir en cualquier parte. Escogí la proa del barco, no solo porque estaba lejos de todo el mundo sino porque tenía la sensación de que adelante estaba oscuro y ventaba más. La noche era clara, la luna estaba en creciente, casi llena, había algunas estrellas y a lo lejos se veían, ocasionalmente, las luces de los rayos que caían en una tormenta en alguna parte del océano.

La sensación de estar acostada en el barco, mirando el cielo, con el mar en calma y la inmensa luna iluminada fue reconfortante. Le agradecí a la vida toda mi suerte por tener un trabajo en el que me pagaban por pasear. Pasé un rato feliz y en paz con el universo, como debe ser. A las nueve de la noche en punto sonó una campana. Todos en la nave nos levantamos como si fuera una emergencia, prendimos las dos cámaras y empezamos a grabar.

Los motores del barco cambiaron el tono y todos los cables que lo cruzaban se estiraron. No importaba dónde nos hiciéramos, siempre había una pala, una viga, un cable, una caja, un peligro; siempre le estorbábamos a alguien o a algo. Orrego grababa de cerca a los pescadores y yo captaba los planos generales con mi lente gran angular. Había mucho movimiento, los tres hombres corrían de un lado a otro. De pronto los cables no estiraron más y del agua empezaron a emerger lentamente las redes, una a cada lado: majestuosas, pesadas y llenas de vida.

Cada red tenía un marinero encargado de empujarla y acomodarla en el centro del barco. Colgaron un instante mientras las grabábamos y finalmente las abrieron. El piso de la cubierta quedó lleno de animales de distintas especies: estrellas de mar, erizos, pepinos de mar, cangrejos, peces globo, esponjas, lenguados, peces aguja y algunos camarones. El

treinta por ciento, como me explicó después el profesor Arley, es camarón; el otro setenta es pesca incidental. Inmediatamente se abrieron las redes el barco hizo una vuelta en U y las lanzaron nuevamente para seguir barriendo el fondo del mar, otras tres horas en dirección opuesta y por el mismo camino.

El piso del barco parecía vivo. Era como un tapete café y viscoso cubierto con miles de animales saltando desesperados por volver al agua, ahogados en el aire, unos encima de otros tratando de que sus agallas funcionaran, pero eso no volvería a pasar. Algunos, como los roncós, soltaban sus ruidos desesperados; a los cangrejos les salía una baba con burbujas blancas por la boca, y corrían por el barco, pero siempre se chocaban contra algo; los demás, simplemente se retorcián o giraban en su propio eje.

Cada pescador se sentó en un pequeño banquito y cogió un rastrillo con el que movía toscamente el botín que el mar les acababa de entregar. Comenzaron a revolver el suelo escogiendo las presas agonizantes y separándolas en las cajas. Los camarones grandes los echaron en la más nueva; en otra el pescado más fino como el ronco, el pargo platero (o sea joven), o el bonito, y los camarones chiquitos (también jóvenes) que se podrían vender en el mercado; en la otra todo lo que sirviera para la alimentación de sus familias; y por último "el social", o sea los peces de especies que no le gustan a nadie pero que se les pueden regalar a las familias más pobres de la región para usar como carnada, o comida.

Esta operación duró unos 45 minutos. Después de la separación quedaron en el suelo todos aquellos bichos que nadie se come, muertos o moribundos, asfixiados por la falta de agua: estrellas de mar, erizos, peces aguja, globos, medusas, lenguados, y otros tantos animales de arrecife a los que nunca se les ha encontrado uso comercial en Colombia. Sacaron agua del mar, lavaron la caja del camarón grande, la pesaron satisfechos y guardaron todo en la bodega con hielo y sal. Finalmente devolvieron

el descarte al océano con una pala, y los últimos los tiraron por un agujero que tiene la pared del barco a ras del suelo para barrer las sobras y desechar los cadáveres, que terminan de despedazarse apenas tocan el mar tras caer varios metros desde una nave en movimiento.

Una vez pasó el furor de la pesca todos se fueron a dormir, pues todavía faltaban más de dos horas para sacar la segunda tanda de camarones que volarían a España, Estados Unidos y Japón.

Hasta la mitad de los noventa la pesca industrial de camarón era la más importante de Colombia. En ese entonces había más de cien barcos de pesca de arrastre iguales a este en el Caribe y el Pacífico colombianos, pero un día el negocio dejó de ser rentable, subió el precio de la gasolina y se acabó el camarón. Vendieron los barcos y Los Vikingos se fueron con sus redes a otra parte. Después de ver la masacre me quedó claro por qué se acabó el camarón, y quién sabe qué otras especies dejaron de existir después de ser arrojadas por la borda.

En medio de mi angustia por lo que acababa de grabar, me fui a buscar consuelo en la sabiduría del profesor Arley, quien me contó orgulloso que su trabajo había sido implementar mejores redes, con agujeros más grandes en la maya, con las que se ahorraba el treinta por ciento del combustible del barco; además de la activación de un dispositivo para excluir las tortugas que antes se morían asfixiadas entre las redes. Mi siguiente pregunta fue si no se debería hacer el esfuerzo de investigación para hacer cultivos de camarón y evitar la muerte del setenta por ciento restante. Me respondió que sí, pero que era mucho más costoso.

Las siguientes dos horas no dormí. Me quedé en silencio parada en la proa, como Di Caprio en *Titanic*, esperando el témpano de hielo que hundiera ese barco y acabara con mi tristeza. Soy buzo. Desde el año 2002 el mar tiene otro significado para mí. He recorrido kilómetros debajo del océano disfrutando de todas las formas de vida marina, y sé lo difícil que es encontrarse con un pulpo,

un calamar, un lenguado, una tortuga o un pargo adulto en el Caribe colombiano; en los mares de Tolú y Coveñas, prácticamente no existen. Entendí por qué. Lloré. Yo pude parar de llorar hasta que otra vez, a la media noche, sonó la campana.

Nuevamente todos corrimos hacia la popa. Volvió a cambiar el sonido de los motores, se estiraron los cables, estorbamos, salieron las redes más cargadas que la primera vez y quedó nuevamente el tapete de animales agonizantes en la cubierta del barco. Grabé sin emoción y mi lente se concentró únicamente en la pesca, en tratar de identificar por fuera del agua y mientras morían, esas especies que nunca pude ver mientras buceaba. Por alguna razón, el segundo barrido fue más productivo que el primero. Otra vez sacaron las cajas, separaron lo que servía y tiraron por la borda todo lo muerto. El barco giró en U, soltaron las redes y nos devolvimos por el mismo camino. ¿Por qué no se escogía primero el descarte y se devolvía vivo al mar antes de separar lo otro? Yo estaba pensando en los animales, ellos en el negocio.

Seguí sin dormir. A las tres de la mañana se repitió la misma historia, el mismo rumbo, la campana, las redes, el suelo lleno de vida muerta, los peces que saltan, los cangrejos que corren, el grito de los roncós, el rastrillo que desmiembra, la pesa, la nevera, y el descarte muerto de lo que no se vende.

Así como el atardecer del día anterior, la salida del sol estuvo majestuosa. A las seis de la mañana fue la última captura. Decenas de gaviotas perseguían el barco, a sabiendas de que en algún momento soltarían los kilos muertos de la última pesca, animales frescos que les servirían de desayuno. Aproveché el regreso para hacer la entrevista al profesor con la luz del sol naciente. Fue una mala entrevista en la que mi emoción estuvo por encima del periodismo, y de la ciencia. Al menos ya no sacan tortugas, debe ser por eso que el profe me dice que trabaja para que esta pesca sea sostenible. Ese fue mi único consuelo. ☺

Doce horas en un barco camaronero

por SILVIA CÓRDOBA

Fotografías por la autora

A las seis de la tarde abordamos el barco: Orrego el camarógrafo, Camilo el sonidista, el profesor Arley, que era nuestro contacto y personaje, y yo. La idea era grabar una faena de pesca de camarón como uno de los temas de un programa de televisión documental y divulgación científica, donde queríamos entender y explicar el fenómeno de la disminución de la pesca en el Caribe colombiano. Fue en octubre de 2008.

El barco era una de esas naves que desde los años sesenta se veían a lo lejos con los brazos estirados desde el malecón en Tolú, y a los que siempre se les tomaban fotos porque eran capaces de hacer poético el paisaje tropical. Por primera vez utilicé el muelle que en otra época, cuando había más de

cincuenta barcos como ese en el Golfo del Morrosquillo, era un puerto de verdad; y no esa triste mole de cemento rodeada de agua sucia y olorosa, donde ya solo atracaban seis barcos, rezagos de esa inmensa flota que se llamaba Los Vikingos.

Como a otras grabaciones en lugares a los que sabía que no iba a volver, llevé mi cámara de video casera para hacer planos de apoyo que después se utilizarían en el documental y quedarían en mi archivo personal.

El barco lo habitaban cuatro marineros: un capitán y tres pescadores. El capi era un tipo sin camisa y con una panza inmensa que exhibió desde que se subió a la nave; debe ser por eso que nunca miré su cara, sino la inmensa cicatriz que lo atravesaba como el cierre de una chaqueta. Para mí los tres pes-

cadores eran el mismo: tres señores flacos, con la ropa sucia y raída, y sin ningún interés en nosotros o en la grabación en la que participarían. A diferencia del capitán que nunca salió del camarote, buena parte de su faena era sobre cubierta.

El plan era estar en una faena de doce horas de pesca, navegar rumbo norte, en línea recta durante tres horas, y regresar por la misma ruta. Luego ir y volver de nuevo por la misma línea, barriendo, literalmente, el fondo del mar para sacar el camarón que habita entre veinte y ochenta metros de profundidad. La función del profesor Arley era explicarnos todo lo que pasaba, además de presentar en la televisión los resultados de su investigación que consistía en inventar y aplicar tecnologías que hicieran de la pesca

una actividad más rentable y ambientalmente sostenible.

Una vez zarpamos los tres marineros se fueron para la cubierta, donde de forma mecánica hicieron su trabajo como quien ha hecho lo mismo desde que era chiquito. Limpiaron el piso de la nave, desamarraron las dos redes que colgaban a lado y lado del barco, sacaron cuatro cajas plásticas grandes de esas de Estra, las acomodaron y revisaron el hielo dentro de la bodega. Orrego seguía todos los movimientos de estos hombres que se negaban a repetir cualquier acción para la cámara. Una vez terminaron de organizar, el barco comenzó a navegar en la dirección prevista, soltó las redes y ellos se fueron a dormir a un minúsculo camarote que había junto al bullicioso cuarto donde estaban los motores, de donde salía un calor infernal.



Instantáneas

Lima
Estoy en Lima y pienso en mi papá. “Nunca llueve”, decía cada vez que alguien mencionaba la ciudad. Él jamás puso un pie acá.

Pienso también en aquel compañero de estudios en Cuba. Era peruano y por alguna razón no había salido mucho de Lima. Tenía veinte años. Cuando se desató el primer aguacero veraniego, que duró tres días, lo encontré parado frente a un ventanal. Perplejo. En los minutos que permaneció sin moverse, mantuvo una expresión de asombro infantil. Un gozo abrupto que envidié y seguí enviando en adelante.

Estoy en Lima y miro la tarde diluirse en un cielo atiborrado de nubes gordas que no se van a desplomar. No me arrebatan el aliento pero su compañía tranquila, predecible, se siente bien. Muy bien. A lo mejor eso es la madurez.

Estambul

Era un bar con un esquema que se repite mucho en Estambul: varias mesas agolpadas alrededor de un cantante con guitarra que encadena canciones populares turcas. Yo no entendía ni una palabra. En los estríbillos casi todo el mundo lo acompañaba. Un coro espontáneo, alegre y sentido. Varias mujeres se ponían de pie y, con los brazos abiertos, giraban las muñecas en un gesto de baile bonito y ajeno.

Era un espectáculo comunal de algarabía inocente que me maravillaba. Pero también me ponía algo melancólico en mi insuperable lejanía. Soledad de forastero. Contagiado del entusiasmo, traté de concentrarme en el ritmo. Demasiado consciente de lo absurdo que resultaría querer atinarle cantando aunque fuera a una sola sílaba, manteniendo los labios sellados.

De repente, hubo un apagón y el sonido amplificado del cantante se perdió. Ya el micrófono no estaba de su parte. Luego de un segundo de perplejidad, el público, ahora convertido en sombras, empezó a cantar con mayor ímpetu la canción entera, ya no solo el coro. Fue tanto el gozo que no me pude

resistir y, amparado por la oscuridad y el alto volumen colectivo, canté onomatopeyas con actitud sentida. Las calculé parecidas a lo que decía la voz unificada a mí alrededor. Lo hice como si entendiera cada palabra, como si la letra tuviera un profundo valor para mí.

Cubanas

Las cubanas lanzan muchos besos al aire. Es una forma práctica de saludar cariñosamente sin desviar su camino. Dada la lentitud que el tongoneo sabroso les impone al caminar, si se acercan a saludar de beso a todo el mundo no llegarían nunca a ninguna parte.

Sus besos voladores son sonoros, robustos y contundentes. A veces se acompañan de un movimiento de la mano que termina de darles impulso. Se aseguran así de que lleguen a su destinatario sin importar a cuántos metros se encuentre.

Pero en ocasiones estos besos se desvían en el camino como balas perdidas. El viento o la inercia los llevan hacia otro lado. A mí me han caído varios, cálidos y escandalosos, que iban para alguien más. ¿Qué sucede entonces? Nada, nadita, nada. Nadie se muere por ello, las cubanas son generosas y no ven drama en compartir. Siguen su camino, agitando con parsimonia, a lado y lado, unas nalgas que generalmente tienen kilos de más.

Chino

En el metro de Seúl nadie nos iba a entender. Así que aprovechábamos para hablar de los presentes sin pudor. El tema del momento era lo poco que se arrugan los coreanos con la edad. De repente, una voz a espaldas nuestras agregó en perfecto español, con acento idéntico al nuestro, que además no les salían canas.

por ANDRÉS BURGOS

Ilustración: Camila López

Era una chica de unos veintipocos. Entre otras cosas nos contó que era su segunda vez en Corea, que venía a visitar a un amigo y que él ya había ido varias veces a Colombia.

Éramos los únicos occidentales en el vagón.

Cuando descendió, hablamos de ella. Resultaba fácil deducir que el coreano era su novio. Obviamente algún familiar de ella tuvo que haberse referido a él como ‘El Chino’ en algún momento. Lo imaginamos en una fiesta decembrina paísa y nos dio un poco de risa y lástima. Ella nos pareció muy bonita, pero seguramente tendría poca suerte en Medellín porque no encajaba en el encasillamiento que le gusta a esa ciudad de la que habíamos huido. Nos maravilló la distancia que a veces hay que recorrer para que te acepten. Aunque ya no nos podía oír, le deseamos toda la suerte del mundo con su chino.

Besito

Era Nueva Orleans antes de Katrina y yo era turista. Estaba sentado en el suelo con otro centenar de personas oyendo un concierto de un quinteto de bronce en un parque. Una cabecita solida se asomaba entre la gente yendo de acá para allá, corriendo errática y feliz: una niña con síndrome de Down; no tenía más de cinco años.

Fue de un lado a otro varias veces sin detenerse hasta que, vaya uno a saber por qué, encontró un destino: yo. Me dio un besito en la mejilla y se rio. Entre toda la gente que había allí me eligió a mí. Solo a mí. Tres segundos después estaban allí sus padres, gringos blancos y extremadamente educados, disculpándose. Los tranquilicé con

una sonrisa sincera que esperaba no deviniera llanto. Era cuestión de controlarme. Pocas veces he sido tan feliz.

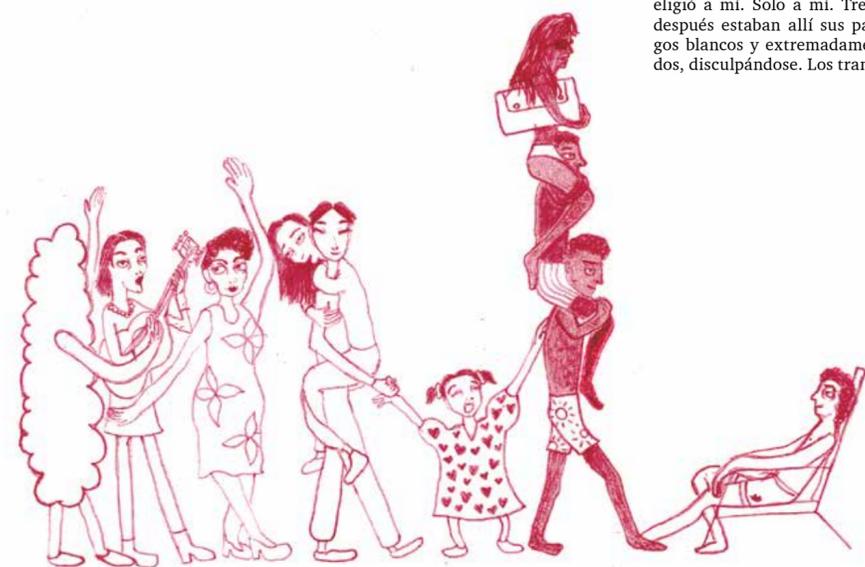
Cuando se la llevaron, se despedió agitando en alto su manita de empanada. Ella siempre va a permanecer en el top de mujeres favoritas en mi vida.

Copacabana

Copacabana es conocida por ser una playa más popular que Ipanema y Leblón, sus vecinas sofisticadas, donde no hay tanto pueblo ni negocitos chichipatos. Sin embargo, un recorrido de domingo 29 de diciembre por Ipanema terminó por darme la idea contraria. Gente, gleba, montonera por millones. Familias enteras y disfuncionales que habían llegado en metro desde barrios alejados y trataban de tostar aún más sus pieles mulatas ya tostadas. Niños flacos no paraban de gritar y correr felices. Democracia encuerada. Se borró la fama que traía la playa. Me gustó mucho, porque aunque en visitas posteriores recuperé algo de su compostura, había sido como tener la oportunidad de ver a una modelo de portada en su casa, despeinada y con la cara untada de mantequilla.

Ipanema

El primero de enero, después del desbordado espectáculo de fin de año en Copacabana, donde se reúnen más de dos millones de personas, estoy de nuevo en Ipanema, desde donde se ve el atardecer mejor que en cualquier otro lado de la ciudad. La playa y un riesgo aledaño se encuentran repletos de gente. La actitud general es tranquila, de relajamiento después del clímax, de cansancio satisfecho. No parece haber un objetivo más allá de gastar las horas hasta que se vaya la luz. Esto pienso hasta que el sol comienza a desaparecer y me doy cuenta de que sí había un propósito. La gente empieza a aplaudir al primer atardecer del año. Aplaudimos. No sé si es algo que suceda cada año o se dio espontáneamente en este día. Pero fue bonito y, para mí, un símbolo contundente de las formas y caminos que van tomando las satisfacciones en nuestras vidas. UC



¡HÁGASE LA LUZ!
 PASTOR RESTREPO MAYA FOTÓGRAFO
 (1839-1921)

Del 16 de octubre al 15 de febrero de 2015

Centro de Artes, Centro Cultural
 Biblioteca Luis Echavarría Villegas,
 Universidad EAFIT



La barrica de roble es la más delicada de las prisiones. Durante el cautiverio, el ron adquiere su color, su sabor, su aroma y su textura.

Todo sucede en medio de la quietud y las sombras. Pero hay espacio para una fuga constante: día a día la barrica deja escapar un poco de su magia encantadora, algo del alma del cautivo. Es imposible verla con los ojos, pero está flotando en la bodega, es la “porción del Ángel” según la creencia de los maestros roneros.

Bodegas de añejamiento del Ron Medellín.
 Fábrica de Licores de Antioquia

EL EXCESO DE ALCOHOL ES PERJUDICIAL PARA LA SALUD. LEY 30 DE 1986
 PROHÍBASE EL EXPENDIO DE BEBIDAS EMBRIAGANTES A MENORES DE EDAD. LEY 124 DE 1994

Una sala de velación puede incluir tragedias inesperadas, acosos sobre el protagonista, negocios de última hora. En San Pedro Sula, Honduras, los narcos rondan las funerarias en una especie de redundancia macabra. Los señores piensan en el envase y en el envío.

Este lado arriba

por ANDROS LOZANO

Ilustración: Alejandra Congote

La inconsolable madre velaba el cuerpo de su hijo Amílcar cuando vio llegar al tanatorio a aquellos dos rostros desconocidos. Uno de sus hermanos se le acercó, la agarró del brazo y, al oído, le susurró: “Mi niña, estos señores buscan hablar contigo. Dicen que quieren proponerte algo”. Yasmin Martínez —57 años, tez morena, cuerpo chiquito, trasero voluminoso y gafas de pasta negra que esconden unos ojos achinados color ébano— se alejó unos metros del tumulto que rodeaba el endeble féretro del menor de sus siete hijos y, a continuación, se secó las lágrimas que no había dejado de derramar desde que la noche anterior dos jóvenes motorizados tirotearon a su pequeño con una pistola calibre 45 en la puerta de un prostíbulo. Al parecer, habían discutido horas atrás. Sumamente extrañada por la inesperada visita, la mujer escuchó con atención.

“Señora, voy a serle sincero —dijo uno de los dos hombres, ambos de unos treinta años, fino bigote, pantalón vaquero, camiseta de tirantes, que se presentaron sin revelar sus nombres—. Queremos comprarle los restos de su chico. Si acepta, le pagaremos muchos dólares y le daremos sepultura allá pasando Copán”.

Antes de que la mujer pronunciara siquiera una sola palabra, aquellos señores, como si en algún instante de sus existencias hubiesen tenido el más mínimo respeto hacia la vida ajena (tampoco, al parecer, hacia la muerte ajena), añadieron: “No hace falta que nos responda horrita, volveremos más tarde”. “Piénselo con calma, mi señora, lo mejor es que usted se pare a meditar”, le espetó el otro hombre antes de estamparle un beso sobre su frente. Un beso que la dejó helada.

La mañana de este martes de mayo de 2013 se ha levantado nublada sobre la colonia Nuestra Única Esperanza, en San Pedro Sula, Honduras. Sin embargo, la sensación de calor es fuerte por la humedad del ambiente. Ataviada con una camisa negra ancha y un pantalón vaquero que intenta disimular su más que notable gordura, Yasmin abre las puertas de su casa tras imponer una sola condición para la celebración del encuentro: “No habrá foto alguna”.

Delante de una taza de café ardiente y sentados a una mesa blanca de plástico en el patio destejado donde comen sus gallinas, la mamá de Amílcar recuerda con nitidez aquel encuentro de un año atrás, cuando ella, viuda y sin trabajo, aún se retorcía de dolor por la muerte a tiros de su hijo de veintitrés años y una pareja de hombres le propuso comprar el cuerpo de su “pequeño”.

“Al principio dudé. Dudé mucho. Incluso pensé que mi hermano andaba liado con ellos. Luego... Luego...”. Yasmin, casi absorta, fija la mirada en su taza de café. Da la impresión de sentirse culpable por lo que hizo. “Luego, cuando volvieron, acepté. Aunque suene a diablos, les vendí el cuerpo de mi Amílcar”. Yasmin rompe a llorar mientras recuerda aquel trance, quizás el más amargo de su vida. Su

hijo Wilfred, presente durante los sesenta minutos que dura la cita, trata de consolarla, aunque sin éxito. “Mamá, no llores —le dice—. Amílcar ya estaba muerto. Lo único que cambiamos es su destino a la hora de ser enterrado”.

Naciones Unidas ha señalado a Honduras durante los dos últimos años (2012 y 2013) como el país sin guerra más violento del mundo. La corrupción policial, los grandes clanes del narcotráfico y las maras Salvatrucha y Barrio 18 se llevan la mayor parte de culpa. También el que en un Estado con ocho millones de habitantes tenga en circulación 1,2 millones de armas aproximadamente. De ellas, se calcula que setecientos mil no tienen amparo legal.

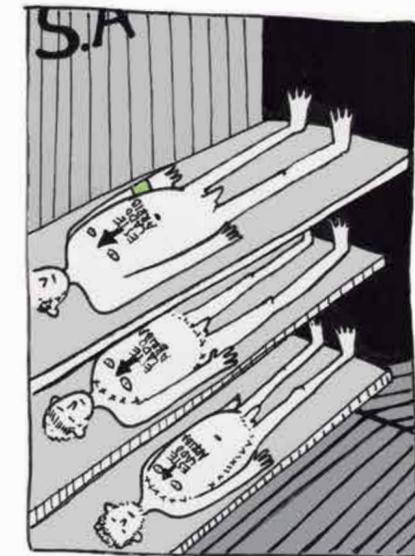
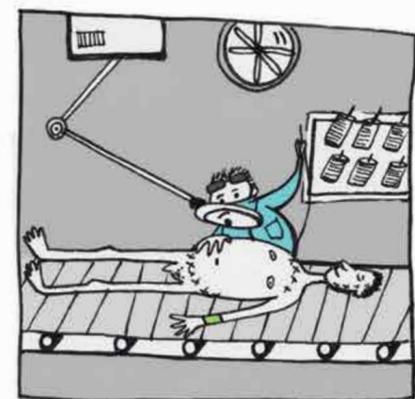
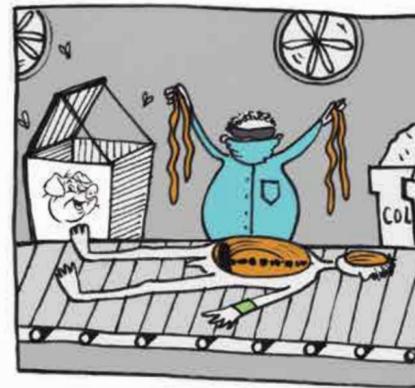
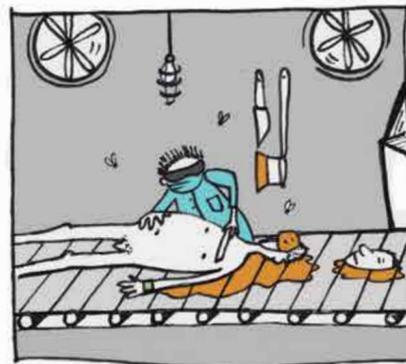
Es lógico pensar que en el país más violento del mundo también se encuentre la ciudad con el mayor índice de muertes violentas de todo el planeta. Así es. San Pedro Sula, con una tasa de 187 homicidios por cada cien mil habitantes, se sitúa en la primera posición de tan dramático ranking. La solvente organización mexicana Seguridad, Justicia y Paz, que realiza estudios a nivel mundial sobre este fenómeno, le ha otorgado ese dudoso honor por tercer año consecutivo (2011, 2012 y 2013). El año pasado el segundo lugar correspondió a Caracas y el tercero a Acapulco, con tasas de 134 y 113 homicidios por cada cien mil personas respectivamente.

A esta hora de la noche son pocos los que se atreven a caminar o a manejar su auto por las calles semidesiertas y casi en penumbra de Tegucigalpa, la capital hondureña. Los mareros sí, pero tienen ventaja: van armados hasta los calzones. Ellos, aunque lo disimulen, también temen a la muerte. Aquí dentro, en el jardín de una vivienda convertida en un restorán a cielo abierto, solo se escucha el rodar lejano de los coches. El establecimiento está cerrado y apenas acompaña el silencio. Serán necesarios unos minutos entre el espeso negror para que nuestras pupilas se dilaten como las de un felino y logremos divisar aquello que tenemos delante. Hasta este momento no hay apenas palabras, salvo las de cortesía.

Es ahora cuando Nelson y yo hemos reconocido nuestros perfiles, dos cuerpos enfrentados en una mesa vestida con un mantel de tela blanca. Desde los cielos, una luna similar a un gajo de naranja ejerce de notaría del encuentro.

En realidad, Nelson no es Nelson. Mi confidente es un alto funcionario antinarcóticos de Honduras que no puede develar su verdadera identidad. Si lo hiciera, “duraría vivo lo mismo que un billete de cinco dólares prendido con un mechero”. Y Nelson quiere seguir viviendo. En casa esperan hijo y esposa.

Ha llegado a la cita tras insistirle durante semanas. Le he citado porque quiero que me cuente cómo actúan en Honduras los grandes cárteles de la cocaína cuando desde hace un lustro en México se les está haciendo la guerra. Pero antes de ahondar en esas insignificancias para él, Nelson se detiene



en su sinvivir diario, un infierno terrenal con pinta de ratonera.

“Me alimento de lo que yo cocino. Temo que los narcos compren a alguno de los míos y me envenenen. Duermo en la jefatura rodeado de cuatro o cinco furgones con las luces encendidas y algunos de mis veinte chicos de confianza patrullando”. Nunca pensé que Nelson arrancaría su relato destripando sus pánicos más íntimos.

Según avanza la conversación, Nelson me contará que mañana, casi de madrugada, volverá a su particular averno como jefe circunstancial del departamento policial de Copán, en la frontera con Guatemala. Exige que no diga cuánto tiempo lleva en el cargo ni cuándo se produce esta conversación. De hacerlo, si alguien echa cuentas, lo dejaría vendido.

“Allí nadie aguanta mucho tiempo. Hay tres opciones: que te maten por poderles, que te compren con mucho dinero o que sobrevivas unos meses luchando contra ellos. Luego, te sustituyen”.

Aquellos dos extraños hombres volvieron al tanatorio hora y media después en busca de Yasmin. Fueron noventa minutos en los que la madre sopesó la oportunidad única que se le planteaba fortuitamente. Pensó que Amílcar ya no iba a volver y a ella le vendría muy bien el dinero. Su marido había muerto tres años atrás y ella, con cuatro de sus hijos todavía viviendo en casa y sin empleo, no lograba encontrar trabajo porque es analfabeta y tampoco aprendió un oficio nunca. Su situación económica nunca fue holgada —procede de una familia de campesinos de un pueblito al sur del país— y, tras enviudar, las estrecheces monetarias no dejaban de acosarla.

Tras unos minutos de conversación alejados de la gente que velaba los restos de Amílcar, Yasmin y los dos hombres pronto cerraron los pormenores del acuerdo. La mujer cobraría 8.500 dólares —aunque el lempira es la moneda oficial hondureña— y ellos, esa misma noche, se llevarían a su hijo muerto en un falso coche fúnebre que portaba una corona de flores en la puerta trasera para no levantar la más mínima sospecha. Al día siguiente trasladarían el cuerpo fenecido a una finca cercana a la frontera con Guatemala y allí lo enterrarían en la más pura soledad, sin amigos ni familia que le dieran un último adiós. No hubo ni un detalle más.

“Solo quiero saber algo —dijo Yasmin—. ¿Por qué necesitan el cuerpo de mi niño?”

“Son solo negocios, no se preocupe mijita, son solo negocios. Trataremos bien a su niño” —le dijo el hombre que un par de horas atrás le había estampado un beso sobre la frente con la misma sangre fría que un león ataca a su presa.

Así ocurrió. La mujer comunicó al tanatorio que había decidido enterrar a su hijo con “otra” compañía fúnebre y que en unos minutos vendrían por el cuerpo. Yasmin no entendió muy bien por qué no le pusieron impedimento alguno, pero luego pensó que alguien del personal del tanatorio también sacaba tajada de aquel negocio.

Al cabo de un rato la extraña pareja volvió a aparecer con el vehículo fúnebre. Uno de ellos se bajó del coche, apartó a Yasmin a un lado y le entregó un maletín marrón con 8.500 dólares. “Puede contarlos si quiere —le dijo a la madre de Amílcar— pero no falta ni un solo billete. Somos fiables en los pagos”. Ella se fío.

Con el féretro ya en la calle, antes de cerrarlo y de que cuatro de sus hijos lo introdujeran en el coche, Yasmin dio un último beso en la mejilla de Amílcar. Entre lágrimas y en silencio, hablando para sus adentros, le pidió que la perdonara.

A esta escena le siguió un portazo, un motor de coche arrancado y una madre desolada.

La cita con Nelson transcurre entre la noche cerrada. Cuenta que una vez llegue a Copán trabajará durante diecisiete días seguidos. Mientras pisa esas tierras fronterizas con Guatemala nunca se desprende del mal sabor de boca que le provoca la sensación de que todo lo que hace sirve de poco. Él, empuñado en combatir a los mercaderes del polvo blanco, ha visto que las tretas del narco no tienen fin. “Con ellos, la realidad supera a la imaginación más retorcida”.

Mi fuente, la más desconfiada con la que he tratado nunca, explica que por las carreteras del departamento de Copán cruza la coca procedente de países como Perú, Colombia y Venezuela. Nelson confirma lo que ya había subrayado un informe del Departamento de Estado de Estados Unidos: el 79 por ciento de la coca que sale del sur del continente americano pasa por aquí de camino a los países del norte. También

añade que distinta información clasificada que ha tenido en sus manos detalla que los cárteles de Sinaloa y de Los Zetas se disputan el control de territorios hondureños para el almacenaje y tráfico de drogas.

—Primeramente desplazan la droga en narcovuelos, o por vía marítima, que llegan a los departamentos del oriente de Honduras, como el de Olancho. Allí, en grandes fincas, tienen sus propias pistas de aterrizaje. Si lo hacen por el mar Caribe, por ciudades como La Ceiba o Trujillo, solo tienen que comprar a los guardias que hay dispersos en distintos puestos costeros de control.

—¿Cómo trasladan la droga hacia el oeste del país? —Hasta hace unos meses, en San Pedro teníamos que tener cuidado con las ambulancias. Compraban a sus conductores o se hacían fabricar réplicas exactas a las verdaderas para trasladar grandes cantidades de coca de forma rápida y sin levantar sospechas. Pero ahora los narcos han ido un poco más allá. No respetan ni a los muertos.

Nelson se detiene unos segundos. Por primera vez en toda la noche parece ponerse nervioso. Lo veo jugueteando con sus manos y pienso que quizás ha hablado más de lo que tenía pensado. Sin embargo, tras un *impasse* que me resulta interminable, decide seguir con su narración.

—Utilizan a los muertos como envases para su mercancía. Contactan familias sumamente pobres que han perdido a algún miembro para comprarles sus restos. Les ofrecen hasta diez mil dólares por el cuerpo y les pagan el entierro en pueblos fronterizos con Guatemala, en lugares como El Paraíso, Copán Ruinas o Santa Rosa, donde sus alcaldes son parte del negocio. El traslado lo realizan en falsos coches fúnebres. Una vez allí, tras haber previamente vaciado, rellenan con fardos de coca y cosido los cuerpos, los reabren.

Pero la droga aún continúa en Honduras. La siguiente casilla, cuenta Nelson, es Guatemala, adonde debe llegar. Desde ese país partirá de nuevo en avionetas o en pequeñas embarcaciones hacia el norte del continente. Mi fuente explica que es en las carreteras de Copán donde él y su gente actúan a diario realizando controles sorpresa o emboscadas a convoys de todoterrenos cargados hasta los topes de coca y con gente armada con metralletas y fusiles.

—¿Es eficaz este tipo de operativos? —Era. Cada vez lo es menos. Los narcos poseen grandes haciendas a ambos lados de la frontera. Compran inmensas extensiones de terreno para moverse sin miedo. Antes las trasladaban por carretera pero desde que los jodemos, usan animales de carga amaestrados, principalmente bueyes y mulos, para que trasladen la cocaína de un país a otro por las montañas boscosas que los separan. Son apenas unos kilómetros sin valla fronteriza.

Nelson decide interrumpir abruptamente la conversación. En el reloj de su muñeca ha visto que la cita se ha alargado más lo esperado y que ya debería estar en casa descansando. “Adiós, mi hermano”, me dice. De aquel encuentro hace año y medio y Nelson ya no se dedica a combatir al narco. Ahora trabaja como agente especial para la inmigración irregular de hondureños hacia los Estados Unidos.

Frente a un céntrico hotel de San Pedro Sula, José espera paciente a que algún cliente se monte en su taxi. El hombre —52 años, pelo encanecido, pantalón vaquero y camisa azul claro— cuenta que las maras imponen el llamado “impuesto de guerra” en su sector y también en otros como el de las pulperías, el transporte de mercancías en camión, en la hostelería de las colonias más conflictivas... Pocos escapan a su intimidación.

“O pagas o te matan”, dice el taxista. Él, para poder trabajar tranquilo, paga trescientos lempiras semanales. La cuota es más alta para los camioneros: tres mil lempiras cada siete días.

En la ciudad más violenta del país más violento del planeta, al crimen organizado algunos le llaman “negocios, mijita, solo negocios”.

7 EDICIÓN

BOLETAS EN
ticketexpress.com.co

QUANTIC DJQU

FRENTE CUMBIERO MR BLEAT

POPSTITUTE RAVENHURST VANDEL MARKOVICH

www.invazion.net

TICKET
EXPRESS
online

www.ticketexpress.com.co

INVAZION

MÚSICA + CULTURA + CIUDAD + TECNOLOGÍA

6PM 8NOV 40MIL

CAJA DE MADERA, PLAZA MAYOR

La lista de mercado de Universo Centro incluye cabuya, yacón, bagre, cebolla y flores. La compra se hizo en la Minorista, La América, la placita de Flórez y la Mayorista. La receta fue cocinada entre cotereros varios, brujos de ocasión, campesinos, comerciantes con galpón blindado, cantineras de medio día y floreras. Cuatro páginas con paisaje de campo para la nariz, el bolsillo, el oído y la panza.

Fotografías: Juan Fernando Ospina

Bagrecito de plaza

por ANDRÉS DELGADO

Hace décadas, la abuela Guillermina pedía al abuelo que llevara bagre en el mercado y una tracamánada de tíos y sobrinos comíamos suculentos platos de sancocho. Hoy por hoy, nadie te invita a bagre en casa propia. Para comerlo hay que salir a restaurantes. Y si el animal se cuele en una conversación, lo hace para ilustrar alguna conquista desafortunada. A unas amigas les escuché: “Cuando estamos desesperadas no nos queda otra que comer bagre”.

No deja de ser curioso que El Bagre sea el nombre de un municipio del Bajo Cauca antioqueño. Este pueblo tiene nombre de pez pero su economía está basada en el oro. En Medellín, más exactamente en la Plaza Minorista José María Villa, el bagre es uno de los pescados más populares.

En el piso superior de las pescaderías de la plaza está el restaurante La Ricura del Pacífico, donde el sancocho de bagre cuesta doce mil pesos. Un plato hondo repleto con caldo amarillo y sustancioso, papa, yuca y, claro, dos porciones de pescado que doña Nelly, la dueña del restaurante, sirve; y aparte, al lado del arroz con coco, la ensalada, la arepa y un tercer plato con cuatro limones y un exprimidor. En el restaurante también se sirve sierra frita por veinte mil y tilapia por diecisiete. Nelly, natural de Montería, dice que un domingo puede llegar a despachar hasta cien sancochos.

La piel del Bagre no tiene escamas y es resbalosa, es un cuero negro con pintas blancas, difícil de pasar a la hora de comerlo. Menos mal su carne no tiene exceso de espinas y eso ayuda. El caldo tiene cuerpo, sabor y sustancia. Pero

lo mejor del bagre es la ceremonia. No todos los días se come sancocho y uno hace del almuerzo un evento distinto. Como cualquier rito en finca o acampada. Y si hay guayabo el ritual es curativo, porque cuando hay guayabo cualquier caldo alivia, como también alivia un bagrecito tierno y cariñoso.

Fresco y también curado

En el primer piso de la plaza está la pesquera Brisas del Mar, propiedad de Gabriel Gómez, quien me recibe con su delantal blanco y mugroso como buen carnicero. El bagre que llega desde los ríos Magdalena, Cauca, San Jorge y Nechí vale siete mil pesos la libra. Por otro lado, los bagres que llegan desde el Amazonas, conocidos como ‘dorados’, vale cinco mil la libra, más barato a pesar de los costos de transporte.

Gabriel, dedicado al negocio hace cuarenta años, asegura que ahora la gente no come bagre. Pero no se le cree: uno sí come bagre, sobre todo en plenas borracheras. Sin embargo, tiene razones para decirlo porque cuando el pescado se ofrecía en la antigua plaza de Guayaquil, vendía tanto que le alcanzó para comprar solar en Manrique y construir una casa de tres pisos. Ahora, a fuerza de lidias, Gabriel logra pagar el arriendo del local, los impuestos y los servicios públicos en la Minorista.

Allí también, en varios locales, se puede comprar bagre seco o curado, exhibido en filetes amarillos y empolvados como tapetes fibrosos colgados de ganchos plateados. La libra de este bagre cuesta dieciséis mil, más del doble que uno fresco traído desde el Magdalena. El dueño expone la razón del precio: “Es pescado deshidratado”. Un bagre que pesa cien libras luego de curado queda pesando veinte. Entonces queda la duda de si el precio se debe a su mejor sabor o a la necesidad de compensar la hidratación perdida.

El bagre es presa común alrededor del mundo. Además, atraparlos no es difícil. Un dicho popular que lo demuestra: “Te haces el pirata y eres terrible pescador de bagres”. En Google Play está disponible: Pesca de bagres, una aplicación para Android en teléfonos celulares. No es broma, búsquela. En esta App explican varios trucos. Por ejemplo: cómo atraer bagres a la zona de pesca. En un balde con agua se pone media libra de frijol de soja, 250 gramos de hígado de pollo y dos cervezas, y se deja fermentando por tres semanas. El podrido coctel se vacía en varias latas agujereadas con un clavo, “a manera de *honey hole*”, se amarran con un cordón largo y se arrojan donde se planea pescar. El bagre se cautiva con el olor, pues es un carroñero empedernido. Así, durante dos días se deja el aromatizante. “Cuando llegues a pescar —dice la aplicación—, retiras las latas, tiras la red y ya te pones a pescar”. Ya saben pues.

Cuentan las crónicas que hasta hace diez años un solo pescador de Puerto Berrío llegaba a sacar, en un día, hasta sesenta libras de bagre rayado. Hoy en día la cosecha se reduce a diez libras por día. Y si antes los peces llegaban a medir un metro y medio, hoy a duras penas llegan a los ochenta centímetros. Ya no es lo mismo pescarlo en Puerto Boyacá, Magangué, Chimichagua, puntos donde se registraban las mayores cantidades. En el *Libro rojo de los peces dulceacuicolas de Colombia*, el bagre rayado aparece en la categoría “en peligro”, a un paso de “en peligro crítico” y a dos del terrible “extinto”. Estamos a punto de acabar con el bendito sancocho. UC

Historias al hilo

por MAURICIO LÓPEZ RUEDA



Don Eladio Durango produce fique desde hace más de 35 años. Es un hombre añejo acostumbrado a trabajar la tierra. Tiene una pequeña finca en la vereda La Cano, en Girardota, cuyo paisaje está adornado por hermosas cascadas como collares de diamantes saliendo de ese bosque agreste que se aferra a la cordillera oriental, a fuerza de peñas y árboles ancestrales.

Eladio, que come de lo que siembra en la parte trasera de su finca, fabrica cabuya para pagarles el estudio a sus cuatro nietos. Tiene un cultivo de unas cien matas de fique, una máquina desfibradora y una carreta de tracción animal en la que se transporta hasta el parque principal de Girardota para llevar su producto.

Allá, por cada kilo de fique le dan cerca de dos mil pesos. Baja unos treinta kilos semanales, y con eso le basta, pues para sobrevivir le alcanzan su finca, su caballo y su perro. En Girardota, el fique de don Eladio se transforma en madejas de fina cabuya que en cajas bien selladas viajan hasta Medellín, precisamente hasta la Plaza de La América. Allí cada madeja puede costar cinco mil o diez mil pesos, dependiendo del tamaño. Eladio ni se entera de todo ese proceso, ni de quién termina llevándose su fique. No conoce la Plaza de La América,

aunque sí conoció la de Cisneros, esa cuyo incendio, en 1968, le dio vida un año después a las de La América, Campo Valdés, Belén, Castilla y Guayabal, construidas por la Alcaldía para que los habitantes de Medellín no tuvieran que ir hasta el centro a mercar.

Tres de ellas sucumbieron al progreso y a la aparición de los grandes supermercados. Solo sobrevivieron las plazas de Campo Valdés y La América, gracias a la unión de sus comerciantes y la fidelidad de algunos clientes.

Además del fique de don Eladio, en la Plaza de La América se consiguen productos tan diversos como el yacón, un vegetal con aire de fósil que sirve para curar todo tipo de males, o como plaguicida. El yacón baja en bultos desde San Vicente y desde Sonsón, y se vende a mil el kilo. En La América, una juiciosa compradora de ese extraño vegetal es Rosaura Molina, quien utiliza la cáscara para hacer menjurdjes que previenen la vejez. Rosaura tiene un salón de belleza en Laureles y su esposo, Miguel Delgado, tiene una ebanistería en Belén Rosales. Miguel también visita la plaza, pero para comprar uchuvas, una fruta que parece adorno navideño y que dicen sirve para la diabetes y otras recetas médicas.

El yacón también lo compra Mariano, un brujo y domador de serpientes que los sábados y domingos promete la erección eterna en el Parque Berrío.

Jorge Elías Cano es quien vende esa fea raíz prima hermana de la yuca. Nació en San Javier hace más de setenta años y llegó a la plaza el día que la inauguraron. Trabajaba en construcción, pero le ofrecieron ser coterero y se quedó. Hoy, las fuerzas no le alcanzan para subirse al lomo los bultos de papa que vienen desde Pasto y Boyacá, pero sí es capaz de desgranar frijoles y arvejas en un rincón de la tienda de don Nelson.

Por su parte, Rodrigo Londoño, artesano, es quien más compra la cabuya que produce don Eladio. Le parece de buena calidad y por eso todos los sábados va hasta la tienda de doña Rosa para llevarse dos o tres madejas. Rodrigo vive en el barrio Niza, cerquita de Santa Lucía. Sus artesanías las vende en el centro y a veces también en la plaza de La América, cuando queda tiempo.

Rodrigo, al igual que la mayoría de los compradores de la plaza, jamás se pregunta de dónde llegó ese producto que tanto le sirve. Jamás se pregunta quién lo cultivó o lo fabricó. Él no se da cuenta de la historia que va amarrada a cada hilo de esa madeja de cabuya, porque las plazas no son únicamente las historias que ocurren dentro de esos pasillos repletos de estantes y colmados de olores, también son las historias que ocurren fuera de ellas, muy lejos de ellas. Eladio, sin

saberlo siquiera, también hace parte de la vida multicolor de esa plaza de cinco mil metros cuadrados y 45 años de historia, donde doña Miriam, con más de setenta años, sigue cuidando los carros junto a su hermano Arturo, de 65; donde el restaurante Doña Tere ya no es atendido por Tere, que se murió de tanto fumar y esperar un amor extraviado; donde Lolo, Jaime Correa y Alonso, tres de los comerciantes fundadores, parecen los últimos fantasmas de una época que agoniza bajo las fuertes pisadas del progreso. Porque a la Plaza de La América el Éxito le respira en la nuca, como el asesino agazapado en las sombras, silencioso, expectante.

La plaza ha tenido que adaptarse a los cambios que traen estos tiempos de alimentos compactados en latas y envases plásticos; de pagos con tarjeta; de cajas registradoras. Ahora es un aula ambiental que cree en los productos cosechados en los campos de Antioquia o en las Ecuhoertas de la periferia de Medellín. Sus clientes son cada vez menos y más viejos, y a uno le da por pensar que, como al hijo de Pedro Páramo, los pocos que la habitan o la visitan algún día se darán cuenta de la triste realidad, de que Comala ya no existe; y que solo es un pueblo abandonado custodiado por fantasmas obstinados, aferrados a la esperanza de estar vivos, y convencidos de que todavía es 1969. UC



Pregón florero

por GUILLERMO CARDONA

Es víspera del 1 de noviembre, Día de todos los santos y a su vez víspera del Día de difuntos y de los agentes funerarios, a la Plaza de Flórez llegan clientes de Medellín, de otros municipios de Antioquia y de algunas regiones de la Costa. Acuden sobre todo en busca de flores blancas (anturios, pompones y fulls), con toques de estrellitas de belén y manto de la virgen, aunque según me cuentan Dalia y Rosa (la una propietaria, la otra administradora de Flores Veracruz, a la entrada por Giraldo), hoy la visión de la muerte no es la misma, y muchas veces los dolientes prefieren que en sus ramilletes de difunto las más azafrañadas aves del paraíso terminen mezcladas con rosas rojas y gérbas teñidas de azul de Prusia y dorados girasoles, en un lecho de rusco, hojas de carey, manojos de gipsofilia y solidáster, desplegando un abanico de colores tan vivos que podrían despertar a un muerto.

Nunca se venden tantas flores como el Día de la mujer, obviamente, pero cada vez que se acercan ciertas fechas, los jardines de la Plaza de Flórez se rebosan y sus empleados se alistan a seleccionar los arreglos más adecuados para el Día de la madre y el del padre, el Día del amor y la amistad, el Día de la secretaria, el del maestro, el Día del higienista dental, el abogado, el sicorientador, el camarógrafo, la enfermera, el contador, el transportador, el fonaudiólogo, el bodeguero y hasta el Día del humorista, que en Colombia se celebra el 13 de agosto, *in memoriam* de Jaime Garzón (otro funeral), más otro medio centenar de efemérides que florecen silvestres como diente de león en los fértiles prados de nuestro calendario.

Pero así no esté a la vista una fecha importante, las disculpas nunca faltan y nada más elegante que un manojito de flores para regalar en esos eventos particulares como matrimonios y despedidas de soltero, nacimientos, defunciones, grados, quince, primeras comuniones, cumpleaños, cirugías, esguinces de tobillo, más otro mar de rupturas y reconciliaciones amorosas, cuando no se trata de simplemente ponerle un toque de alegría al comedor o un tris de buen aroma al cuarto de baño.

Y para todas las ocasiones en la Plaza de Flórez se encuentran personas como Dalia y Rosa, quienes pese a que llevan más de tres décadas en el negocio, siguen frescas y relucientes, como flor de madrugada, enamoradas de sus capullos, sus brotes y sus yemas.

Para ellas, la Plaza de Flórez con zeta al final y tilde en la o, como para muchos de sus compañeros de faena, se transforma con el diminutivo y entonces se llama Placita de Flores, con ese y sin tilde, porque flores es lo que se ha vendido allá desde su fundación en el siglo XIX. No en vano de aquella tradición campesina de bajar las flores terciadas en la espalda por la quebrada de Aná, nació el desfile de silletteros que hoy identifica a Medellín.

Hoy siguen llegando las flores de grandes cultivos y pequeñas parcelas de Santa Elena, pero también de otras regiones del departamento e incluso de corregimientos como San Cristóbal, cuyos campesinos llevan años reclamando la ocasión de portar sus flores en el desfile de marra.

Y las flores que se venden y exhiben hoy, siguen siendo las mismas flores de antaño: hortensias, catleas, lirios, margaritas, claveles, gladiolos, cartuchos y rosas, muchas rosas, de todos los



colores y todos los tamaños, la flor por excelencia, la estrella del jardín y la reina de los ramos.

Ahora, si lo que busca son flores exóticas no hay que ir muy lejos por la cantidad y variedad de orquídeas, heliconias y begonias que se dan en nuestra región; aunque si prefiere algo con un tinte más cosmopolita, en la misma Placita de Flores bien podría usted encontrar un ramo de lirios de oriente con follaje y complemento de genger y espárrago japonés, algo muy indicado cuando se anda en procura de traspasar fronteras.

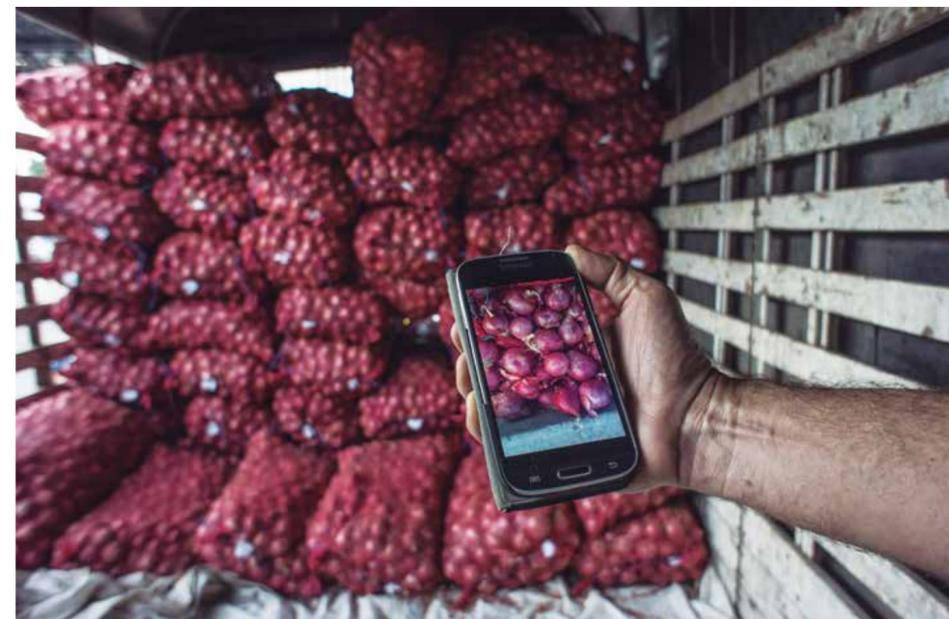
En cualquier caso, abra el ojo, porque en la gramática de las flores la amapolta representa el sueño; la valeriana, la capacidad de adaptación; la violeta, el pudor; el cartucho, el amor carnal; la belladona, la franqueza; el clavel rojo, el corazón que suspira; el capullo de rosa roja, la inocencia; el girasol, la adoración (eres mi sol); y el narciso, por supuesto, el egoísmo.

Pero si lo que busca es un sutil mensaje de amor, bien puede mandar un ramo de pensamientos y en medio una siempreviva.

Y entre tanto las flores se marchitan, deleitándonos con su aroma y su sencilla y sutil hermosura, van algunos consejos a la hora de adquirir un ramo. Si es por plata, no se preocupe que un buen manojito de pompones no pasa de los dos

mil pesos. Pero sea que se lleve unas humildes gérbas o un enlopetado ramillete de anturios negros, lo mejor es que tan pronto llegue con las flores a la casa o a la fiesta no las meta sin más al florero. En primer lugar, corte un poco las puntas en diagonal, retire las hojas hasta la altura del jarrón donde las va a ubicar (de preferencia transparente) y, dependiendo de la flor y siguiendo el consejo del florista, se le echa hasta un tercio de agua máximo, agua que debe renovarse cada dos o tres días, una vez las flores se las acaban de tomar, procediendo de nuevo a recortar en diagonal las puntas, poco a poco, para suprimir las partes que se van pudriendo. Con estos cuidados y utilizando los conservantes que en la misma Placita le pueden vender podrá disfrutar sus flores hasta por quince días, tiempo durante el cual el ramo también se irá encogiendo a medida que lo recorta; así que cuando las flores quedan con el borde del jarrón al cuello, usted sabe que va siendo hora de arrojarlas a la basura o a la zona de compostaje.

Un noble fin para las flores que, con todo y su delicada preceptiva, resultan tan esenciales como superfluas y, como la poesía misma, las podemos ubicar en el rincón de esas cosas que nos son absolutamente indispensables, aunque no sepamos muy bien para qué. ☺



El olor de la cebolla

por PASCUAL GAVIRIA

El olfato me lleva hasta la tractomula cargada de cebolla roja. Dos coteros pasan parte de la carga a un camión pequeño que llevará un viaje a Tierralta. Desde las tres y media de la mañana le están poniendo el hombro a la cebolla que llegó desde Ipiales luego de treinta horas de viaje. Una Coca Cola litro y dos vasos en la mitad del remolque son el pequeño cebadero de los dos hombres que están cerca de acabar su trabajo con los 740 bultos de ese bulbo oloroso. A la una de la tarde tendrán ciento treinta mil pesos en el bolsillo y la Central mayorista les ofrecerá sus encantos de todos los días: un casino del que veo salir a un jugador con una bolsa de arvejas a la espalda, las cantinas vaqueras con las copas listas a mañana y tarde, las rifas en cada recoveco, las promesas de los moteles cercanos...

William Vélez es uno de los cuatro grandes cebolleros de la Plaza mayorista. Cada semana trae tres mulas cargadas de cebolla desde el Perú. Vía *Wassap* le llegan las fotos con una cosecha extendida y separada por calidades y tamaños: la 'pelona' que ha perdido precio al soltar sus primeras capas, la cebolla de primera, segunda y tercera, la cebolla de descarte y algo de jengibre para cuñar el viaje. Luego de cinco años en el negocio ya tiene crédito con sus proveedores en Arequipa o Tumbes. La cebolla pasará por tres camiones y diez días de carretera antes de terminar en el plato de un restaurante en Sincelejo o Montería. En Ecuador se hace el primer transbordo, luego, en Ipiales, la zarandean —término para la limpieza y selección antes de la empacada final— y la montan en el camión que la llevará hasta la puerta de Legumbres Quibdó, el nombre que eligió William para su negocio como homenaje a la tierra donde trabajó durante quince años.



Ha sido un comienzo de semana para llorar por la cantidad de cebolla que ha llegado a la plaza. Hace un mes un bulto de roja estaba rondando los ochenta mil pesos y ahora se vende bien vendido a cuarenta y cinco mil. "Ha sido una paliza dura, pero así es esto. La gente en Perú estaba guardando, guardando en espera de buenos precios y la soltaron toda al tiempo. Ayer regalamos veinte bultos para la fundación de la plaza y hoy salen otros quince", me dice William con la tranquilidad del jugador frente a la máquina tragamonedas. Las tres mulas de la semana ya están contratadas y solo queda esperar que no coincidan las cebollas rojas en la maquina de los cuatro mayoristas. William me dice que escogió la cebolla porque es una apuesta menos azarosa: "En Ipiales se puede medir más o menos cómo está el mercado. Con registros de importación uno sabe qué esperar. Eso no pasa con la papa, por ejemplo, viene de muchas partes y es imposible saber cuánta va a llegar".

Darío Duque, otro de los grandes cebolleros de la plaza, tiene razones más profundas para hablar de su relación con esa hortaliza hecha de cáscaras hasta el centro: "Llevo 42 años en la plaza, a mí me curaron la cortada del ombigo con una cebolla y un ajo". Su papá vendía cebolla y su hijo lo ayuda con las cuentas de La casa del ajo, un negocio que vende manzanas en el tiempo libre que deja la cebolla. "Con esto no se puede hacer sino tres cosas: se vende, se regala o se bota", dice Darío señalando unos bultos de cebolla blanca de primera, la más grande, la preferida del mercado local.

Los cebolleros tienen veinte días para sacar la blanca y un mes largo para buscarle destino a la roja. Con el paso de los días crece el olor y el nerviosismo. "El aire es la vida de la cebolla", me dice William mientras señala los tres extractores sobre los bultos en el fondo del local. Un lote de cebolla ocañera al que le quedan cinco o seis días de vida. Ocaña es el gran productor de cebolla roja

*Nosotros, salvajes y barbarie
envueltas en fina piel,
el infierno de lo interno,
y anatomía ardiente.
Pero en la cebolla hay solo cebolla,
ni intestinos hay ni hiel.
Múltiples veces desnuda,
nunca jamás diferente.*

Wisława Szymborska

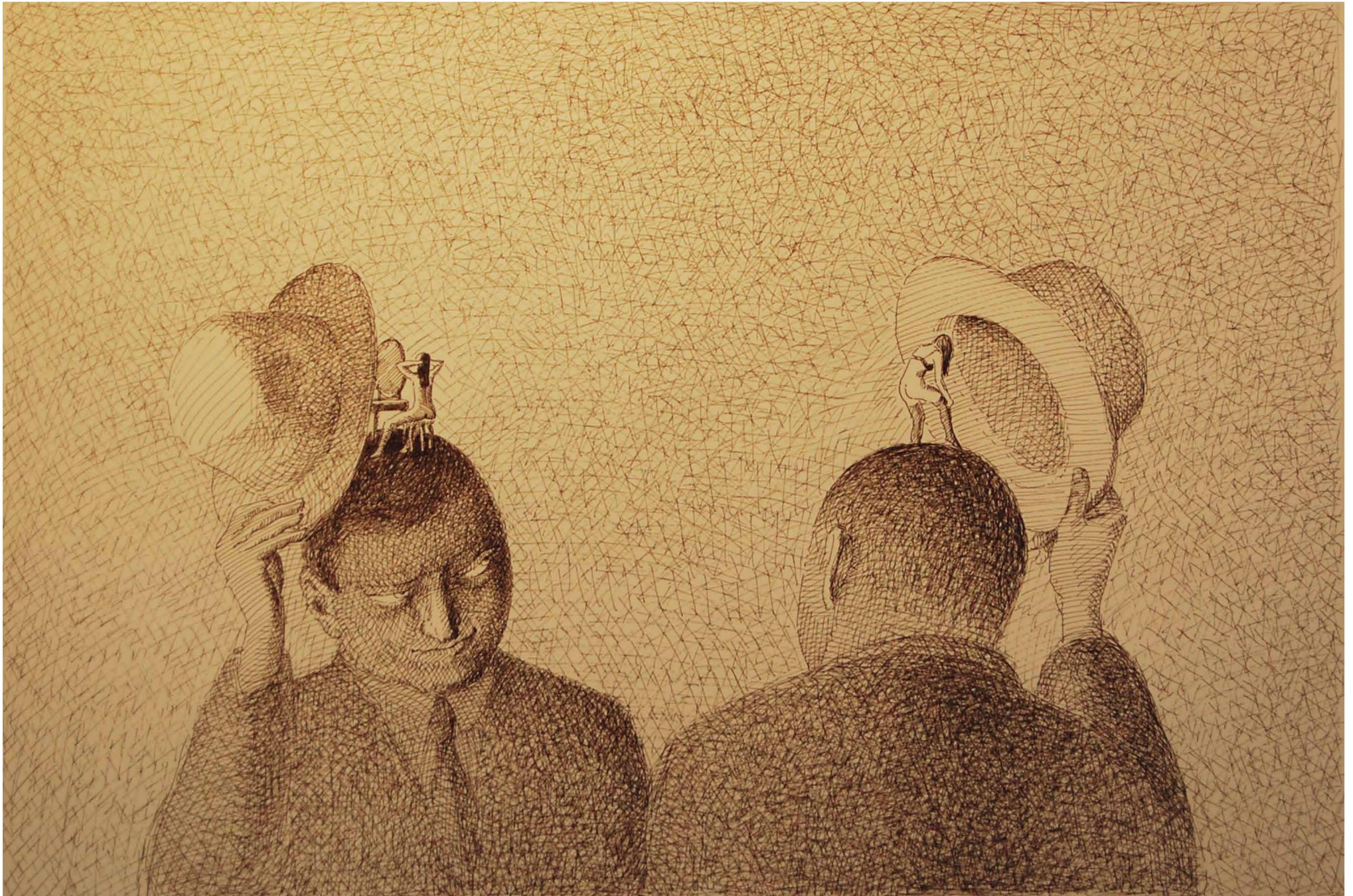
en Colombia, pero no produce suficiente para abastecer el mercado nacional. "Aquí usamos la ocañera solo cuando no hay peruana. Es más chiquita, más cara y se daña más rápido", me dice Darío, quien no se contenta con las fotos vía *Wassap* y tiene un hombre encargado de las compras en el Perú: "Yo llevo 35 años comprando cebolla en Perú — dice el enlace de Darío en Arequipa—. Empezamos con la idea de llevarla a Venezuela y terminamos trayendo a Colombia. La cebolla peruana tiene el agua necesaria, ni una gota más, no guarda humedad". También llega alguna cebolla blanca desde Boyacá y una que otra carga desde la China que levanta tantas sospechas como los tenis: "Esas cebollas chinas no tienen sabor, son muy secas y cuando se pudren huelen peor que la de acá", me dice una de las encargadas de una venta al menudeo.

La Plaza mayorista es una escala más en el camino de la cebolla roja hasta Urabá, Quibdó, el Bajo Cauca y las ciudades de la Costa Caribe. "Allá les gusta es la cebolla roja. Aquí por cada roja se venden nueve blancas y allá es al contrario", dice Darío mientras se lustra unos zapatos de gamuza en la puerta de su local. La cebolla blanca encuentra clientes en restaurantes, tiendas y supermercados mientras la roja sigue su viaje hacia el norte. Es normal, cuando usted mira la receta del mote de queso, por decir algo, encuentra seis cebollas rojas entre los ingredientes. También les gustan las cebollas más pequeñas, lo que aquí es descarte allá es costumbre.

Al final de la semana las cosas mejoraron para William. El viernes su mula resultó ser la única con cebolla roja en la plaza y pudo vender el bulto a 48 mil pesos. "Hoy solo llegó la mía. Hay otra de cebolla blanca al fondo, pero hoy vendí bien y rápido", me dice mientras su hijo recibe una consignación por un viaje recién vendido. En Legumbres Quibdó también trabajan padre e hijo, una cáscara envuelve otra idéntica que a su vez guarda una nueva.

Las treinta y cinco toneladas de cebolla están abajo del remolque. Los dos choferes pastusos buscan viaje para Ipiales. Galletas es una de las cargas usuales de la ruta en esa dirección. Antes será necesario un baño al remolque con rípio de café. Los coteros han desaparecido. Esa es una de sus artes según me han dicho. Encontrarán recompensa para su espalda. Y su baño será con alcohol y anís. ☺





Los zancudos de Tenochtitlan

Por un balcón del hotel Washington advierto, al frente, la bandera tricolor con el águila en el centro. Me gusta esa presencia del verde, el blanco y el rojo ondeantes, y el ave de rapiña que recuerda a la serpiente emplumada de los aztecas. Me pregunto si esta repentina atracción de un hombre por la bandera de otro país podría ser una forma sutil de traición a la patria, con todo y el regusto agríndice que depara un amor infiel.

Reviso la fecha de regreso y encuentro que tengo los días contados en el Distrito Federal. Miro una guía de viaje y me doy cuenta de la incontable lista de sitios que no visitaré. Descorro un poco más la cortina y veo seis carros parqueados allí arriba, en la azotea de un edificio antiguo, una de las tantas joyas que dejó el Porfiriato. No veo aberturas en la terraza, luego ¿cómo los han subido hasta ese quinto piso del palacio?

De pronto oigo un alboroto en la calle, gente apiñada en las aceras, un atleta flacucho cruza con su número a la espalda, luego lo siguen otros de su misma complejión: las carnes magras de los corredores de fondo. Compiten en la maratón anual de la ciudad. Podría quedarme aquí y no salir a ningún lado, venir a un lugar a contemplar solamente lo que se alcanza a ver por una estrecha ventana de pensión.

Casos se han visto: un amigo estuvo en la Isla de Manhattan y sólo iba a una esquina a comprar cigarrillos a una máquina. Otra conocida, Margarita, pudo viajar a París, aprovechando que una amiga colombiana, que vivía en las afueras, la había invitado varias veces. Iba a cumplir un sueño por el que ahorró un par de años. En el aeropuerto Charles de Gaulle la recogió el esposo de la paisana. Fueron a la casa, en un campo, muy lejos de la Torre Eiffel. Allí se dio cuenta que el marido y su amiga hablaban demasiado poco. Pensó que podría tratarse de una barrera idiomática, o de esos silencios que son el privilegio de las parejas

que han vivido juntos demasiado tiempo. Pero luego la esposa contó que estaban en vueltas de separación y apenas hablaban lo necesario.

Dos días más tarde estalló una huelga de camioneros. El único automóvil de la casa lo manejaba el marido y él se negó a llevar a mi amiga a conocer la ciudad. Dijo que era peligroso en esta situación, que además el gobierno iba a racionar la gasolina. Los días fueron pasando y ellos no salían más allá de los límites del jardín, a la hora del almuerzo. Las vacaciones terminaron; ella tenía que regresar a su trabajo de bacterióloga en Medellín. Estuvo de buenas que el hombre accedió a llevarla al aeropuerto, en un rapto de cortesía. De modo que esta fue la última vez que Margarita no vio París.

Acordarme de esta historia, encurrido en el cuarto de alquiler del DF, a solo dos cuadras del zócalo y de las ruinas del antiguo imperio, me hacía sentir como una cucaracha checa. “Lo importante no es saber a dónde ir sino salir”, había dicho Franz Kafka. Entonces decidí bajar a la recepción.

Allí seguían pasando los maratonistas, con ese paso sereno de los que tienen que cubrir grandes distancias y no andan desbocados como los velocistas de cien metros. El encargado de la recepción, un gordo calvo, de aretita y sonrisa coqueta, me preguntó, mientras yo le entregaba la llave del cuarto: ¿Andale, por qué no usas el elevador? No era del todo un prototipo del macho mejicano. Le respondí que prefería las escaleras.

Tomé una calle alterna para alejarme de la competencia. Como el casco histórico de esta ciudad es un laberinto

de cuatrocientas manzanas, era necesario acordarme de la dirección donde me alojaba: La Palma con Cinco de Mayo. No sé qué pasó en esa fecha, alguna escaramuza de Zapata, de Madero o del cura Morelos. La revolución mexicana estaba tan alejada de mí como mi fantasía erótica con la Malinche, india traidora de los tiempos del bachillerato. Todos los mexicanos son hijos de ella y de la chingada, según Octavio Paz.

Unas cuadras más allá vi cosas dignas de mención: el primer Ángel de la Independencia que había tumbado el terremoto de la cima del obelisco, un organillero que molía corridos en su pianola portátil, varias tiendas de tequila, de tantos nombres que terminé mareado de ver marcas, como si ya me hubiera echado al buche dos tragos. Para evitar tanto dilema era mejor comprar uno barato en el aeropuerto. Y entonces me acordé de Frida Kahlo. Había que conocer su casa. ¿Cómo no? Sería tan inadmisibles como ir a Isla Negra y no ver el cuarto de Neruda.

Le puse la mano a un Volkswagen verde que tenía un letrero que decía “taxi seguro”. Pero casi todos exhibían el mismo anuncio. Y entonces, ¿cómo distinguir los inseguros? El taxista tenía el perfil de una terracota indígena de sus antepasados. Pero no lucía hostil, se detuvo ante un extenso enrejado que rodeaba la mansión. Detrás de los barrotes un celador me anunció que esa no era la casa de Frida sino la de León Trotsky. Además estaba cerrada por trabajos de restauración. Me sugirió que caminara hacia la plaza de Coyoacán, donde algún guía me indicaría el camino hacia la pintora. A Trotsky lo

habían matado unos conspiradores partidarios de Stalin, con un picahielos, en esa misma casa. No sé por qué recordaba ese detritus de cultura general.

El parque de Coyoacán parece un pueblo de la colonia rodeado por el monstruo de la urbe. Vi casas de colores tierra y ventanas con alfeizar. En una de ellas había un anuncio de información turística. Tras un mostrador asomó una mujer robusta con una hamburguesa a medio morder. Ya había pasado hacía rato la hora del almuerzo, pero la señora estaba en el suyo. Me arrepentí de haberla interrogado en esa circunstancia; solo que no bien me disculpé, ella dejó de masticar, me miró con cierto recelo: ¿Frida? Nomás vaya por acá, dijo. Y se tomó el tiempo para explicarme con lujo de detalles qué bus debía tomar y lo que tendría que hacer luego. Aunque parecía enredado, me percaté de atender, lápiz en mano, lo dicho por la mujer. No contestó cuando le di las gracias, se escabulló hacia las sombras de la trastienda con su mirada más rasgada.

Esperé el camión, como le dicen allá a los buses, y me bajé siete cuadras después para seguir el esquema trazado. Ya andaba bajo el sol jaguar, sudando a mares, sin hallar ninguna casa que se le pareciera, ni letrero alguno. Un muchacho me miró desde un balcón. Era curioso que tuviera un pincel en la mano y estuviera pintando. De inmediato descifré mi acento, dijo conocer gente colombiana, y se asombró de que me hubieran dado una información tan errada. La casa de Frida queda exactamente en la dirección contraria, dijo, pero como hoy es lunes

por FERNANDO MORA MELÉNDEZ

Ilustración: *Como alimento*
Camilo Restrepo, 2006

no la va a encontrar abierta. Pocos museos abren este día, ya le toca ir mañana. Es padrísima, agregó, se llama La Casa Azul.

De pronto, mi reacción fue volver al parque. Sentí que debía verle la cara otra vez a esa hija de la chingada que me había embolado. No sería difícil encontrar su guarida esta vez. ¿Dónde puedo coger un taxi?, le pregunté al pintor. Después de explicarme, también me advirtió que coger era la peor grosería, en ese caso quería decir: hacer el amor con un taxi.

Estaba mareado por el sol y la confusión. Asomé las narices a la oficina, miré a la mujer que me había engañado con una rabia ancestral, casi precolombina. Ella no se dio por aludida, o tal vez se hizo la loca. Estaría mamada de explicar lo mismo todo el día. Recordé esa frase de Carlos Fuentes: “Los mejicanos solo saben morir”. Al caminar por el empedrado, remordido, alcancé a ver en un cartel florido la traducción de Coyoacán, tierra de coyotes. Esto parecía explicar cosas. Di un par de vueltas por ahí, tuve una ensoñación: vi a la mujer haciendo marcas en un papel, cada palito era un turista extraviado por sus malas señas, como un perverso desquite con la vida. Entré a una tienda de cacahuates y compré una bolsita surtida.

Ya caía la noche triste sobre el Zócalo cuando llegué al hotel. El mismo conserje de antes me entregó la llave del cuarto con su sonrisa picarona, me mató el ojo. ¿Que no piensa ir a divertirse un ratito? No, le dije. Porque si quiere le puedo hacer algunas sugerencias. ¿Cómo cuáles? Bueno, hay unos bares... pero lo malo es que acá todos los bares buenos son gays. Le agradecí como el conquistador Hernán, cortésmente.

Ante el cansancio, decidí probar el elevador. Era del tamaño de una nevera, con puerta de reja corrediza, como los de las películas de la serie negra. Rogué que se pudiera abrir sin bomberos. Y aunque traqueaba, logré llegar ileso a terminar con el resto de cacahuates.

Empezaba a tomarle cariño a la habitación que olía a maderas viejas y tafetanes gastados. Caí profundo en el sueño, pero quince minutos después me despertó una música de cornetines minúsculos que conocía demasiado bien por haber vivido en tierra caliente. La legión de zancudos anunciaba como una fanfarria de mariachis su festín de sangre. Prendí la luz y la orquesta calló. Estuve un rato vagando por la habitación, a la espera de darle su merecido a alguno; pero como sabéis estos bichos son los más inteligentes del reino animal, y además tenían un cielorraso alto para esconderse. Confié en que se habrían replegado del todo. Y al primer asombro de encontrar zancudos aquí siguió la imagen de la laguna donde los españoles encontraron ese prodigio de ciudad: Tenochtitlan, con sus calles, pirámides y palacios que parecían flotar. Apagué la luz, reconciliado ya con esta raza de insectos hijos del mestizaje. Pero al momento sentí a un solitario que zumbaba a un lado de mi oreja; dispuesto como un sacerdote a hundir su punta de obsidiana para extraer la sangre de los sacrificios. Molía su música sinietra en los pantanos de mi insomnio.

Puse un dedo en el suiche, dispuesto a encender la luz y sorprenderlo. Fue un golpe de suerte; el manotazo dejó al vampirito estampillado contra la pared. Pero, además de esa sustancia negra y viscosa, había también, en el lugar de los hechos, una mancha de sangre. Esperé, en el desvelo, que llegaran los otros a vengar la muerte de su guerrero. Nunca volvieron. Tuve tiempo de buscar la palabra en un diccionario básico de náhuatl que había comprado en un puesto callejero: Apipilohuaztli. Era así como los hombres de Tenochtitlan llamaban a sus zancudos. ☞



Caído del zarzo

Elkin Obregón S.

REUNIÓN

Se está habituando Universo Centro a publicar libros estupendos. El primero, *El libro de los parques*, es a mi juicio una auténtica joya bibliográfica. Tuvo por desgracia muy escasa difusión, como suele pasarle a las joyas; cuotas burocráticas, cortesías de burgomaestre lo destinaron al parecer a manos ineptas. Esperemos que este de ahora corra mejor suerte; se llama *Universo centro, colección 2008-2014*. En el prólogo, los directores nombran a estos textos “reunión”, porque, dicen, “...es imposible hablar de antología en presencia del deleznable papel periódico”. (Paréntesis: deleznable o no, era un placer husmear los archivos de las hemerotecas, cuando eran de papel; el microfilm los borró para siempre).

El libro compendia, en más de setenta artículos, lo que ha sido una propuesta periodística que, más que periodística, es un sancho de letras, donde cabe de todo, desde informes a cuentos, desde reportajes a elegías, desde crónicas urbanas hasta chismes de botica. U.C., tal como yo lo veo, no se parece a nada, no permite definición. Y, además, es tan bueno su contenido que te obliga a leerlo, aunque sea —no siempre— tan mal diagramado.

Pero el libro es otra cosa, luce ropa de marca. La diagramación es impecable, la edición sin tacha. El papel, nada deleznable, hace justicia a las ilustraciones; de tal suerte que podemos ver en su justa nitidez, valga el ejemplo, las historias de “X”, que a veces entiendo. Hablando de ilustraciones, remito al lector a la página 207; aunque ésa —me lo contó un pajarito— no gustó mucho a los editores.

Del contenido, todo es suculento (mejor, casi todo). Corriendo los inevitables riesgos, menciono algunos títulos, no al azar: *La venus de Bolombolo* (Fernando Mora), *Una niña prodigiosa y una maleta* (Alfonso Buitrago), *La ronda del Pontiac* (Dora Luz Echeverría), *Reportero sin rostro* (María Isabel Naranjo), *In vino veritas* (Julien Yon). Echo en falta tres cosas: más crónicas de Dora Luz, y un par de *Obituarios* de Menina, esa incógnita autora de lengua bífida. Por último, el precioso retrato *Rosa la de color rosa*, de Silvia Córdoba, una florecida acuarela de treinta líneas.

En fin, no quedó en el libro. Tal vez se acabó el tiempo, y no encontré asiento. Con gusto le hubiera cedido uno de los míos.

CODA

Paula Camila visitó mi casa, y le puso luz a estas penumbras. Se encantó con Rita, la gata, pero Rita no le paró bolas. Gatica tonta, no advirtió que ella tiene magia. Pero quién se lo explica (a las dos). ☞



CIRUGÍA
CON LÁSER

DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMÓLOGO CIRUJANO U DE A.

Clinica SOMA • Calle 51 No. 45-93 • Tel: 513 84 63 - 576 84 00

DICCIONARIO DE VICIOS

El vicio que se volvió inocente



por JOAQUÍN MATTOS OMAR

Ilustración: Verónica Velásquez

del fenómeno mundial del hippismo y de —digámoslo así— su versión colombiana: los nadaístas, de quienes yo celebraba a rabiar su famosa frase: “Para qué legalizar la marihuana, si la marihuana es legal”. (Fíjense: ya se empezaba a hablar de su legalización). A ello hay que agregar que en 1977, a los pocos días de su publicación, leí con fervor *Que viva la música*, de Andrés Caicedo, cuyos personajes no solo fuman marihuana sino que tienen por lo menos dieciocho formas distintas de nombrar la hierba y los pitillos hechos con esta: Bacilo, Bombazo, Barillo, Baraya, Buenaventuro, Marracachafa, Babuino, Bandero, Barbaco, Barquisimeto, Barbuco, etc.

De modo que yo desdramaticé al marihuanero, en el sentido de que dejé de creer que fuera un hampón o un malandro de baja estofa, pero siguió teniendo para mí la aureola de alguien que, buscando de todos modos situarse en los márgenes o en los sótanos de la sociedad, era capaz de epatar a las buenas conciencias, a los adocenados conservadores. Y como ya andaba en plan de rebeldía, me picó la curiosidad por probar la baretta.

Las condiciones objetivas se dieron cuando entré a estudiar en la Universidad del Atlántico, en 1980. A los pocos meses, ya hacía parte de un grupo “con inquietudes políticas y literarias”. Fundamos un periodiquito llamado *El Comején*, cuyo lema era: “Órgano oficial de expresión de la inteligencia marginal”. Con semejante declaración de principios era insostenible que sus miembros no nos hubiéramos fumado nunca un “tabaco”.

Así que planeamos, como quien organiza una fiesta, la ceremonia de iniciación. Uno de nuestros compañeros, el único que ya había fumado la hierba, consiguió una pequeña dosis y la lio en un solo pitillo colectivo. El lugar fue la cancha de microfútbol del bloque de Codega, que a esa hora, pasadas las seis de la tarde, estaba casi a oscuras. Entonces entendí por qué se le llama traba al estado de conciencia inducido por la marihuana: una media hora después de mi primera fumada (cuatro, cinco aspiradas), algo explotó en mi cabeza, mientras ya salíamos por la puerta principal de la U.; en ese preciso instante, me topé

con una amiga y traté de hablarle, pero, ante su expresión atónita, por mucho que me esforcé, no logré articular una sola sílaba. Solo al cabo de una hora larga, vino la recompensa: la risa fácil, espontánea, incontenible; y una euforia inédita, cercana a la felicidad.

Esas gratificaciones continuaron, junto con otras: el sosiego mental, la sedación de los nervios, la fluidez verbal, la imaginación desencadenada. El consumo se hizo cotidiano, indispensable para las tertulias, para leer, para escribir. Fue cuando hice mío una grafiti escrito en la avenida Veinte de Julio: “Pelea con Dios, si quieres. Pero nunca pierdas la amistad del jíbaro”.

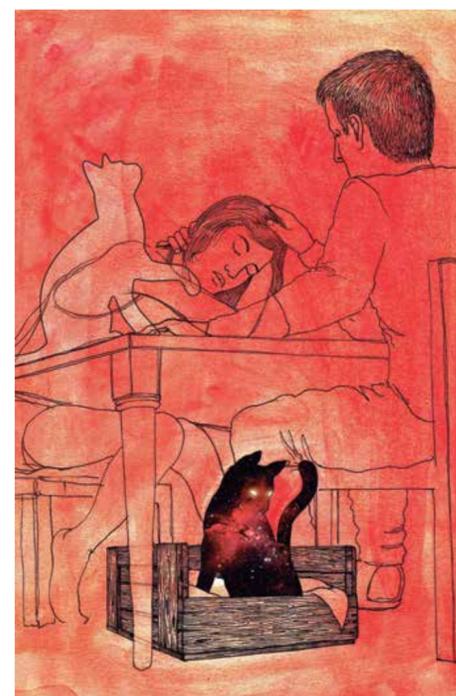
En 1985 me fui a vivir a Medellín. Vinieron las deliciosas fumadas en el “aeropuerto” de la Universidad de Antioquia y en el Parque Bolívar. Andaba con “chicharras” en el bolsillo, guardadas en una caja de fósforos. A veces, a petición suya, recogía al poeta Darío Lemos en el pasaje Junín, en las afueras del café Versailles, y lo llevaba en su silla de ruedas a la plazuela Caicedo, a la izquierda de la Catedral, donde lo acompañaba a trabarse.

La hierba empezó a brotar en mis poemas. En uno de ellos, la llamaba “la amiga”, y a su “fecundo sahumero”, como decía en otro, me encomendaba “en los vuelos y caídas de cada día”.

Ya instalado de nuevo en Barranquilla, pasaron años y años de fidelidad a su piadoso humo. Pero he aquí que, sin previo propósito alguno, un indefinido día empecé a dejarla. Creo que, literalmente, se perdió o se degradó la afinidad química que había entre nosotros. Y, como en el poema de Nicanor Parra, poco a poco, sin darme cuenta, imperceptiblemente, “fui / quedando / solo”, solo de ella, de su antes necesaria compañía. Nos separamos en los mejores términos (porque no hay nada más repugnante que el hombre que deja su vicio y después, como un converso, se vuelve su peor destructor moral), nos distanciamos, nos olvidamos el uno del otro, pero quedaron los buenos recuerdos.

Es más: todavía, muy de vez en cuando, la encuentro de pronto en compañía de algunos amigos comunes, en algún evento literario, en alguna fiesta, y me le acerco, la saludo con afecto, adelanto mis labios hasta ella y le doy una o dos cortas, suaves... chupadas. ☾

Azabache



por PABLO CUARTAS

Ilustración: Tobías Divad Nauj

S ubió como pudo al balcón, y del balcón pasó a la cocina. Caminó dos pasos y se dejó caer en cualquier lugar cerca de la muerte. Traía consigo el olor de los gatos moribundos, mezcla de humedad y basura. Y muchos días de hambre y de sed y de maltrato. Tragaba difícilmente porque su boca era una llaga desdentada. El agua y la comida eran formas del dolor. Sus ojos eran dos manchas tristes sobre el pelaje negro, y la cola, sucia y caída, la imagen del abandono.

—Vino a morirse —dijo Ana.

—Vino a que lo ayudemos a morir —pensé yo.

Era el mismo que había aparecido pardo y andariego en el verdor de julio. Vimos sus tardes de caza sin fortuna, su paso sin rumbo ni destino por las bancas y los prados del jardín, su deleite bebiendo el agua empozada de las lluvias de verano. Le decíamos Azabache, y lo vimos adueñarse de la silla del balcón, enroscarse en el cojín y dormir largamente las tardes de calor. A veces daba un paseo físgon por la cocina, buscaba restos de comida, hurgaba todo con ojos avizores. Entonces decidimos ponerle agua y comida, y era un gusto verlo vaciar las cocas, relamerse y saltar otra vez al juego, a su vida caprichosa y vagabunda de gato callejero.

—Hay que llevarlo a alguna parte —dijo Ana.

Lo levanté para meterlo en un guacal y sentí que no pesaba nada. No tuvo cómo resistirse al guante que lo tomaba por la nuca. Solo le quedaban los huesos con mugre apelmazada, el pellejo del color del duelo y un último aliento para venir hasta nosotros. Y el olor, su olor de agonizante.

Ana llamó a alguna parte y le dijeron que estaban en vacaciones, que volvían dentro de quince días. “Verdad que aquí hay que agendar

hasta la muerte”, pensé. Lo llevamos a la Sociedad Protectora de Animales, en la Avenue Mallarmé, al otro lado de París. El viaje en tren fue un suplicio indecible. Todo se sumaba al infortunio: el ruido del vagón avanzando bajo la tierra, el olor a cañería y a humanidad sudando, las miradas bobas e indiferentes de los viajeros.

Nos hicieron esperar unos minutos. Luego apareció un veterinario que nos pidió seguirlo hasta el fondo de un pasillo, interrumpido a cada lado por cuartos donde aullaban otros agonizantes. Lo sacó, le aplicó antibióticos y nos dijo que le inyectáramos glucosa para hidratarlo. “Parece que le hubieran dado un golpe”. Una pregunta suya me borró las esperanzas: “¿Tendrás fuerzas para volver a entrar en el guacal?”. No, no las tenía. Lo metí como si fuera una bufanda y el guacal una maleta.

Volvimos a la casa de noche. De nuevo en la cocina, convertida en sanatorio y cuarentena, Azabache comió y bebió obligado por el instinto. Ardía verlo. Unos secos tosiditos sonaban cada vez que intentaba tragar algo.

Ana me dijo al otro día que había amanecido muy mal. Cuando llegué a la cocina lo vi otra vez tumbado en cualquier parte. Recuerdo su presencia marchita. Y el olor, siempre su olor a gato desahuciado.

Me quedé con él en la cocina. Ana salió a reponerse en el día soleado. Afuera las hojas se movían al capricho del viento, indiferentes.

Se explotó debajo de una mesa, acurrucado, como friolento. Sentí vergüenza de ser tan poca cosa. “Ya, Azabache, descansa ya”. Le hablé hasta que entendí que solo quería silencio y compañía. Entregado al último cansancio, rendido, se fue apagando en medio de contracciones que eran un ronquido y una queja definitiva, mirándome desde el abismo sus dos manchas tristes. ☾

D ormir la siesta, soñar y soñar bajo el influjo del opio sintético, leer, escribir, son algunos de los vicios que me han precedido en este Diccionario. Permítanme decir que esos, con respecto al mío, ¡sí son verdaderos y cojonudos vicios!

El mío es hoy por hoy tan cándido, tan inofensivo, que no logro explicarme cómo todavía hay gente que se escandaliza ante él: Uribe y sus secuaces, el procurador y los suyos, y alguna que otra beata a la manera antigua. Que Uribe, por ejemplo, se escandalice ante mi vicio es en sí mismo el verdadero escándalo: él, que se ha visto implicado en asuntos tan macabros, ¡cómo puede ser que lo asuste una maticata tan inocente!

Así que ya lo dije: mi vicio es la marihuana. Mejor dicho, y para corroborar su inocuidad (en este caso, su apenas relativa capacidad de causar dependencia), lo era, pues ya hace ciertos años que lo dejé. Pero ya hablaré de este punto.

Decía que la marihuana es ya un vicio tan rehabilitado (tan *mainstreamed*), que ahora resulta normal que hasta los presidentes de Estados Unidos admitan en público que alguna vez la fumaron y las señoras le escriban odas en las páginas de opinión de *El Tiempo*. Todo el mundo exalta ahora sus virtudes medicinales.

Se impone aquí una aclaración. La marihuana, como droga psicotrópica en estado natural, es y ha sido siempre la misma; su principal componente

psicoactivo, el tetrahidrocannabinol, sigue produciendo los mismos efectos que experimentaban sus consumidores más antiguos. Lo que ha cambiado es su imagen, su representación o valoración en el imaginario colectivo.

Cuando yo era niño hablar de un marihuanero era hablar de un personaje no solo depravado sino medio diabólico. Sus ojos inyectados en sangre delataban su condición perversa. Se trataba de un sujeto temible, de cuya presencia uno debía huir a cualquier precio. Ahora se me ocurre que quizá quien, en la poesía colombiana, encarnó mejor este paradigma del fumador de cannabis fue Porfirio Barba Jacob, tanto por su siniestra figura de fauno o de incubo desenfundado, como por sus famosos versos: “Soy un perdido -soy un marihuano- / a beber y a danzar al son de mi canción...”. (A esta estirpe se sumaría después otro gran poeta, Raúl Gómez Jattin).

Sí, el marihuanero era un perdido: un “hombre sin provecho y sin moral”, carente de “estimación y crédito”, como define el término el diccionario de la RAE. Se creía, además, que un hombre (la mujer estaba excluida de esto) bajo los efectos de la marihuana era capaz incluso de cometer cualquier atrocidad: robar, violar, matar.

Sin embargo, para cuando yo andaba en la plena adolescencia, a finales de los años setenta, esa imagen había ido cambiando y, en mi caso personal, fue modificada por mi conocimiento

MUSEO D ANTIOQUIA

BIENALES DE ARTE COLTEJER

687072

SALA Coltejer

Sala permanente
Casa del Encuentro

Nuestras EXPOSICIONES

Hasta el 31 de enero de 2015

Encuentros
México-Colombia
Colección SURA

www.museodeantioquia.co

SOMOS los que reciben un reconocimiento por aprender cosas nuevas

SOMOS
El programa de reconocimiento que te premia por hacer las cosas bien. Inscríbete ya en www.somosgrupoeppm.com y empieza a acumular puntos para redimir en establecimientos aliados o en el pago de tu factura de EPM. Para más información llama al 44 44 800

Innovamos al servicio de la gente
Grupo-epm

Materia del desierto e hija de las rocas partidas por el agua. Innumerable. La arena ha sido privilegiada por el lenguaje de los dioses y de los hombres al considerarla como alegoría de la eternidad y del infinito. Al establecer el pacto de fe con su pueblo, Dios dice a Abraham en el libro del Génesis: "...y multiplicaré tu descendencia en tal manera como las estrellas del cielo y como la arena en las orillas de la mar...". La mitología griega, por su parte, nos cuenta la desgracia de la Sibila de Cumas, quien recibía el favor de la profecía que le inspiraba el dios Apolo. Cuando Febo le concedió un deseo a la profetisa, ella tomó un puñado de arena y le pidió que le otorgara vivir tantos años como el número de granos que tenía en su mano. Prestad atención a las trampas que nos ponen los dioses al conceder nuestros deseos: ella se olvidó de pedirle al dios que le concediera disfrutar de esta gracia siendo siempre joven; de modo que tras envejecer y ver sus huesos rotos, Sibila continuó declamando sus profecías aunque su cuerpo se hubiera transformado en arena.

Al tratarse de un material producido por piedras disgregadas, su uso varía según la cantidad de carbonato de calcio, sílice en forma de cuarzo, feldespato, hierro, magnetita o yeso que se encuentre en sus llamados granos. Jorge Luis Borges la convirtió en imagen constante de sus poemas y relatos. En la obra del argentino la arena es material de una ciudad de hombres inmortales, de un ser creado por otro que existe en las dunas del sueño; así como el de un libro intolerable, cuyas páginas se agotan constantemente y que el propio escritor, aterrizado, opta por esconder en los anaqueles de la Biblioteca Nacional. Sin embargo, como ni la arena ni el ingenio discriminan las necesidades y los talentos de los hombres, el personaje de nuestra historia no es uno que trabaja en moldear la arcilla de las palabras, sino otro que escarba una mina en la orilla de una quebrada afluente del río Medellín.

A causa de la sugerencia de mi madre y de la posición de mi ventana, me fue dado observar sus movimientos durante un mes. Desconozco su nombre, no tuve las agallas de interrumpirlo para acercarme a interrogarlo. Al ser tan preciso en su trabajo como riguroso en sus descansos, entendí que debía respetar los horarios del hombre y conformarme con mirarlo. Como mi calendario centenario dice que hoy es el día del beato Contardo Ferrini, me permitiré usar ese nombre para referirme a su persona. ¿Quién no quisiera llamarse Contardo?, convengamos en que se trata de un nombre con virtudes narrativas. Dado el caso, digamos que Contardo Aristizábal llega a las siete de la mañana, a la carrera 65 con la calle Pichincha, bajo el viaducto del metro de la estación Suramericana, el lugar donde trabaja su mina de arena. De edad indefinida entre los cincuenta y los setenta años, estatura mediana, entereza física, templanza en la acción y una gorra roja, Contardo labora en el lecho de la quebrada La Hueso con una disciplina religiosa. Una escalera le sirve para bajar cuando el nivel del agua se lo permite, y entonces traja la arenisca que se aglomera en una esquina de la canalización. Luego cierra el material en un cedazo y lo seca a la intemperie durante el tiempo que sea necesario. El proceso termina cuando empaqueta las bolsas que él mismo sube a los camiones que vienen a recogerlas.

Al llegar a su mina cada mañana, don Contardo camina hasta el barrio Naranjal hacia el lugar en el que guarda una carretilla, sus palas y el pantalón de trabajo. A la hora del almuerzo, el hombre forma un grupo con los obreros que se

Monedas de arena



por SILVIO BOLAÑO ROBLEDO

Fotografía: Juan Fernando Ospina

paran en la carrera 65 a la espera de que algún camión venga a recogerlos para jornallear. Los vendedores ambulantes de la estación de enfrente, un vigilante de turno, los habitantes de la calle y el loco de los perros son algunos de los vecinos que habitualmente componen la escena de estos refrigerios en los columpios del parque infantil. Tras la merienda, sobre una enorme roca bajo la sombra del viaducto del Metro, Contardo hace la siesta con la gorra roja en el rostro hasta que llega la hora (que únicamente él conoce pues son él y su mina quienes se la imponen) indicada para volver a trabajar. Luego, un poco antes de caer la noche, el hombre guarda su carretilla en el parqueadero de Naranjal. De esta manera suceden sus rutinas, que son estrictas e incluyen domingos y festivos. Hay días en los cuales, al haber mucho trabajo (por ejemplo, tras la caída de fuertes lluvias), don Contardo contrata a uno de los jornaleros que se acerca para ayudarlo a palear. Las familias de desplazados y los habitantes de la calle que construyen sus chabolas a pocos pasos de la mina, viven sus rutinas paralelas sin interrumpir la actividad de don Contardo. La constancia del hombre emula la eternidad y causa la impresión de que siempre hubiera estado allí.

Durante el mes que estuve en Medellín, sucedió que un par de enormes excavadoras del municipio llegaron un día a ocuparse del drenaje de la quebrada La Hueso. Al sentir el ruido y ver las máquinas, me pregunté por el destino de la mina y sospeché que los trabajos atrofiarían su funcionamiento. No podía estar más equivocado: con el paso de las horas observé a las excavadoras depositar el material en la esquina de la mina, y a don Contardo estudiar sus labores desde el borde de cemento. También ocurrió que una tarde, mientras caía una de esas tempestades que parten con raíces eléctricas el cielo del cerro del Padre Amaya, me pregunté por el lugar que el hombre elegiría para escamparse. Nada de eso: ahí estaba don Contardo con un impermeable amarillo, de pie ante la canalización, alerta.

Como hacía unos años que no visitaba mi barrio, ni mi ventana, el descubrimiento del hombre de la mina me hizo

dudar de mi capacidad de observación. Fue mi madre, de hecho, quien me hizo caer en la cuenta: "Mire, ese señor tiene una mina de arena en la quebrada y la trabaja todos los días con mucho juicio". Entonces advertí que ya lo había visto antes, desde hacía mucho tiempo, pero nunca me preocupé por entender su oficio. Al formar parte de un entorno en el que el loco de los perros, los jornaleros con sus palas, los desplazados y los indigentes tienen el poder de captar la atención, el movimiento constante de don Contardo lo había hecho pasar inadvertido ante mis ojos.

De esta manera el hombre de la mina se convirtió en un personaje recurrente en mis pensamientos. Hay días en los cuales —al despertarme tarde, estar invadido por la pereza o tentado por el vicio—, su figura viene a mi mente y me pregunto: "¿Desde hace cuánto tiempo estará don Contardo trabajando en la canalización?". Algunas veces me reprocho el no haberme acercado a hablar con él. Más que por la curiosidad de saber su verdadero nombre, obtener datos adicionales sobre su trabajo y acaso alguno de su biografía, me interesaría preguntarle por el destino de algunos personajes del barrio. Estoy seguro de que don Contardo conoció al niño que volaba en bazuco por las calles de Suramericana y Carlos E. Restrepo, envuelto en mugre y repitiendo los diálogos de las películas de Walt Disney, a quien las señoras bautizaron 'José Miel'. Quizás el hombre también pudiera contarme algo sobre la existencia de 'La Monita', quien bajaba desnuda, flaca y sucia por la calle Colombia, donde los taxistas y los mariachis le gritaban 'Momia'. Bajo un viaducto en el que tantos ciudadanos reducidos a la indigencia campean sus miserias, don Contardo ha encontrado una fuente inagotable de trabajo. En una canalización poblada por basuras, aguas negras y gallinazos, la fortuna es dada al hombre cuyo ingenio moldea monedas de arena. Quizás a la hora de la siesta —sobre la enorme roca y con la gorra roja sobre su cara— Contardo sueña con las piedras partidas que le trae La Hueso desde San Javier. ©

Brundsttat, 27 de octubre de 2014



Un país bajo atalayas

Fotografías: Luca Zanetti

En una era en la que nuestros movimientos pueden ser rastreados desde satélites o desde nuestro propio computador, como lo confirmaron las revelaciones de Edward Snowden, exintegrante de la CIA, sobre las actividades e intereses de NSA (National Security Agency) y el GCHQ (Government Communication Headquarter), las atalayas parecen una herramienta de vigilancia prehistórica.

Pero en Perú las atalayas son una característica omnipresente. Se empuñan en medio del paisaje de ciudades, pueblos y playas. Algunas tienen apariencia amenazante y dramática, otras son más livianas y hasta chistosas. Están construidas con variedad de materiales, desde ladrillos, hormigón, acero y aluminio hasta madera, plástico y totora. Se encuentran en lugares obvios: alrededor de embajadas, instalaciones militares e industrias. Y en lugares sorprendentes: dentro de una plaza de juegos, encima de una cisterna de agua, en medio del desierto o de un cultivo, donde las usan los halconeros, e incluso, en la cima de una roca frente al mar.

No siempre están ocupadas, muchas atalayas permanecen vacías pero su presencia recuerda que alguien podría estar observándote, parecen decir: "¡Contrólate! ¡Autovigílate!". En algunas zonas de Lima, como en la avenida Argentina que conduce al mayor puerto del país, Callao, hay tantas atalayas que uno podría pensar que se encuentra al interior de los panópticos que ideara el filósofo Jeremy Bentham a finales del siglo XVIII. El objetivo de la estructura panóptica es permitirle al guardián, parapetado en una torre central, observar a todos los prisioneros recluidos en celdas individuales alrededor de la torre. El efecto panóptico inspira en el detenido una conciencia de su permanente visibilidad.

La alta cifra de robos en Perú, sumada a la desconfianza generalizada en el otro y a la violenta campaña de la guerrilla maoísta Sendero Luminoso durante los años ochenta, son algunas de las razones por las que en ese país existe una cultura de la atalaya. Así como el hecho de que muchas compañías aseguradoras no amparan a quienes no cuenten con un sistema de vigilancia durante las veinticuatro horas. En Perú la fuerza de trabajo es relativamente barata y construir atalayas poniendo guachimanes es menos costoso que instalar un circuito cerrado de cámaras. ©



Sobreviviente de tres guerras, todas perdidas, el General Rafael Uribe Uribe vino a morir en las afueras del capitolio, hace cien años, cuando ya era un hombre de paz, aunque odiado por sus adversarios que anunciaban su muerte en cartas y panfletos varios meses antes de que Galarza y Carvajal lo derribaran a golpes de hachuela. Menos conocidas que sus manifiestos políticos son las cartas que escribía a su esposa Tulia. En cuatro de ellas, escritas mientras andaba en Nueva York buscando apoyo para su lucha, se revela un hombre enternecido por los primeros pinitos de su nieta, inquieto porque las mujeres antioqueñas adopten modas más cosmopolitas. Antes de regresar al país para intentar su última escaramuza desde Venezuela, el general sugiere para sus hijos ocupaciones menos ingratas que la política, como la mecánica y la electricidad. Cartas abiertas de un liberal.



Las cartas del General

Selección de Martha Lía Giraldo

Nueva York, mayo 25 de 1900

Adorada Tulia:

Fatigado de escribir en máquina vuelvo a la pluma, mientras descanso. Pronto tendrás una máquina mejor y entonces te escribiré largamente.

Muy triste estaba por no recibir carta tuya, hasta que anoche me trajeron la del 30 de marzo, muy bonita, muy sentida y muy expresiva. Por ahí te metiste en una imagen que revela colaboración. En todo caso, esos son tus sentimientos, y yo siempre te he estimado por tus obras, no por tus palabras.

Cómo me agrada saber que estás alegre, a lo menos hasta el punto en que eso es posible estando separados. Pero, en fin, no hay duda que este es un mal inferior al de los peligros de la guerra. Y como yo fui a ella a exponer el pellejo, pues para cuidarlo me habría quedado en casa, razón tenías tú para temer que de un momento a otro me sacaran del medio, o que una señora fiebre cargara conmigo. Por supuesto que cerebro haber escapado. Nunca he desconocido que mis deberes para contigo y para con mis hijos son anteriores y superiores a los de la política. Si a veces he aparecido como posponiendo aquéllos a éstos, ha sido arrastrado por la fuerza de los sucesos a los cuales no he podido sustraerme.

Pero en cuanto puedo dominar mi suerte, pongo todo mi afán en pagar con amor todo el tiempo perdido y en concretarme a mis obligaciones de esposo y padre. Lo que importa es que pruebes tu buen ánimo cambiando tu vida quieta por una más activa. Cuidate de la gordura y rejuvenécete. Pena me da oírte decir que ya a lo que aspiras es "a pasar una vejez tranquila a mi lado". Eso será tú; lo que es por mi parte, estoy muy muchachito, comenzando a vivir. Y ¿cómo es que siendo yo mayor que tú, de vida más trabajada y de menos buena salud, esté más joven? Proviene de qué hago mucho ejercicio. Si tú hicieras lo mismo retrocederías varios años, con la piel tersa y sonrosada, los ojos brillantes, el andar elástico y el humor bien dispuesto. Hazlo, hazlo, querida, ahora que todavía es tiempo. Aquí detestan la gordura. No he visto una sola americana obesa: todas delgadas, ágiles, musculosas y elegantísimas. ¡Y qué tez! Ni las setentonas tienen arrugas: se mantienen frescas y sonrosadas, y más apetitosas que las de 30 en Colombia.

No quepo en mí de satisfacción por lo que tú y Paulina me dicen de la buena salud, aplicación, juicio y buen carácter de mis muchachitos. Me llena de ternura lo que me cuentan de Juliánico, de su amor por ti, de su consagración y formalidad. Hay en eso un peligro que es bueno prevenir: el exceso de estudio y de quietud. Límitenle estrictamente las horas de estudio y luego no le permitan quedarse encerrado en la casa; obliguenlo a salir a correr y jugar en los parques. Pero lo mejor es que me lo manden con Carlos. Repito que es una injusticia que me nieguen ese consuelo. Los tendría conmigo unos meses, mientras aprendían Inglés, cosa que a su edad se hace rápidamente, y luego los ponía en la escuela pública (hay una en cada manzana) o los metía internos en uno de tantos buenos establecimientos como hay fuera de las ciudades.

Para toda mi bendición. Para ti los besos de Tu Rafael.

S.F.

Siempre querida Tulia:

Ayer recibí tu cariñosa cartica del 28 de abril, cuya lectura me produjo la misma emoción que todas las tuyas de Paz, con toda seguridad le sacarás punta a la situación como la mía produce el tener cartas del hogar tan lejano.

Muy quejumbrosa me ha parecido. Ahora que ya no estoy en la guerra, buscas el modo de atormentarte por otro camino. Al principio me dijiste que estabas entusiasmada y contenta, con solo saberme fuera de la lucha. Pero al presente, si no halagüeño, por lo menos tolerable, te esfuerzas por amargarlo con memorias del pasado y con visiones siniestras del porvenir. Te digo que así no hay dicha posible en este mundo, ni vida que no sea un tormento. Es preciso que aprendas a tener filosofía. Tu mayor afán consista en no saber si yo había de volver a la guerra; pero después de que leas el Manifiesto de Paz, con toda seguridad le sacarás punta a la situación para tener como sufrir. Es lo del re-

Tijuaca, abril 14 de 1907

Queridas mujercitas:

Bajé ayer a Río en busca de mi correspondencia. Que cerro hallé! Entre las cartas dos de ustedes, fechas 7 y 13 de Febrero. Por cierto que entre las dos estaba el aniversario de mi matrimonio con Tulia y ella no se acordó.

No me ha gustado el modo frío como me dan la noticia de que mi nieta ya camina. Por ahí perdida entre otros detalles sin importancia, está el gran suceso. Yo que hubiera querido que nada menos un cable para avisármelo! Que me importa a mí la Duma Rusa, ni si es macho o hembra lo que le nazca al Rey Alfonso, ni las visitas que se hacen entre sí los soberanos, ni la publicación de los papeles del P. Montaginini, ni todos los demás telegramas que diariamente leo. Pero me habría hecho brincar de alegría en mi despacho: "Nena caminando". Y ustedes no hacen párrafo aparte. No comienzan por un albricias! bien grande. Me comunican el hecho histórico con la indiferencia de quien dice: anoche llovió. Verdad es que el fenómeno no se produjo de un momento a otro, hubo solitos, ensayos, desgraciados unos y felices otros, evolución, en Fin. Pero de todos modos, el coronamiento de la empresa si sobrevino de repente. Echó a andar! Y ustedes no narran el acontecimiento con calor. No hacen uso de admiraciones (¡!), ni hacen letra grande ni subrayan, ni por otros signos de escritura declaran su pasmo. Verdaderamente son ustedes muy simples. La autolococión ahí es nada. Pues en la cara de la nena no se reflejaba toda la alegría del triunfo y satisfacción de una gran conquista, de un enorme progreso alcanzado? Ella ha acabado de entrar a sí en posesión de sí misma, ha sacudido la tutela de las cargueras, y queda en disposición de aprender el dominio del mundo. Poca cosa, comenzar a andar. Pregúntenle al Doctor que sintió cuando su hijita salió a recibirlo caminando por su propia cuenta! averigüenle por qué le redoblaba el corazón como un tambor, y todo el ser de le lleno de una suavidad infinita. Vamos, que son muy simples, ni la tal Tulita que otras veces se ha lucido, supo en esta lo que se pescaba. Más bien la abuela transmite sus impresiones con algún entusiasmo, cuando pinta la gorda, crespita y alegre que es su nieta y lo bien que le sientan sus mitones. Protesto también contra lo que dicen que parece "un repollo andando"; yo la veo desde aquí esbelta y elegantísima. Otra cosa es que por lo diminuto de sus pies que han de ser como los que pintaba Campoamor "que cabían en el cáliz de una rosa", tardara en caminar. Yo bien les decía que no era miedo, si no resultado de sus matemáticas: la base no correspondía a la masa, y así no podía acomodar el centro de su gravedad en estación vertical. si no lo decía así era por falta de vocabulario. El que Tulita apunta, compuesto apenas de ocho palabras, no le alcanza para expresar su pensamiento. Pero de que razonaba respondo. Lila pondera el color, y se extasia ante el cachumbo que ya se le puede hacer en la frente; pero también se vale de una comparación ofensiva y deprimente, que rechazo indignado dice que al andar parece "un renacuajo". Aténgase de eso déjela crecer no más, y verán su abuela, madre y tías no se ven desairadas ante ese garbo y garabato Ole! Caballeros españoles chapados a la antigua, le tendrían sus capas para las honrarse pasando por sobre ellas.

A todas ustedes las beso, y las abrazo, las pellizco y las estrujo, menos a mi egregia nieta a quien bendigo, RAFAEL

frán antioqueño: al que por su gusto se muere, hasta la muerte le sabe. Ya vuelve a haber en mucho tiempo o nunca; y de que a Colombia y a la política tampoco volveré mientras no sucedan ciertas cosas que tiene trazas de tardarse, si es que alguna vez han de venir. Tranquilízate, pues, una vez por todas.

El Manifiesto ha sido en lo general mal acogido, dentro y fuera del país y aun tergiversados los motivos que me indujeron a expedirlo. Se me insulta y calumnia a destajo, y no puede menos de dolerme tanta perfidia y tanta estupidez. Aunque estoy absolutamente convencido de la razón que me asiste, tarde será cuando se me haga justicia.

Habrás sabido que a mis hermanos Tomás y Julián los tienen presos en Cali, porque no quisieron firmar una declaración reconociendo como legítimo el gobierno de Marroquín y protestando contra las guerrillas; como si la legitimidad de ese gobierno fuera mayor o menor por lo que dijeron los liberales a la fuerza, o como si las guerrillas se acabaran con firmas.

Adiós, con un abrazo de tu marido. Rafael.

Nueva York, mayo 12 de 1901

Querida Tulia:

Ojalá que las niñas hagan y adornen su propia ropa blanca. Esta se usa aquí muy delgada y ceñida al cuerpo, en vez de esas inmensas enaguas de tela gruesa y de dimensiones estrafalarias que allá acostumbran y que por añadidura, se ponen dobles y hasta triples. Que lo hagan las flacas, vaya que gracia, aunque haya que recordar aquello de Juan de Mena: "Ave de tanta pluma, tiene poco qué comer". Pero que consientan las gordas en aumentar más aún sus voluminosas humanidades, con dos o tres arrobas de género blanco "oreja de toro" u otro por el estilo, es lo que no merece perdón de Dios.

Volvamos sobre el envío de los niños. Yo lo que sé es que me parece mala distribución tener tú allá seis y yo aquí ninguno. Lo justo fuera que partiéramos por mitad, pero a lo menos quédate con cuatro y mándame dos. No seas monopolista. Te quedó mal hilado el argumento de que no cabe término medio entre establecerme aquí del todo y traer la familia íntegramente, o no establecerme y no traer ninguno. Porque me sea imposible, a lo menos por ahora, educar aquí todos los niños, ¿no se ha de educar ninguno? Es indispensable que sea una misma suerte la de todos? ¿Por qué no hacer el esfuerzo con los hombres, que necesitan una educación más sólida y que si yo llego a faltar, podrían ser el sostén de sus hermanitas? Duro te parece separarte de los niños, pero a ello deber resignarte, recordando que esa es nuestra suerte, la suerte de todos los padres: criar y educar los hijos para que una vez crecidos, se nos desprendan, por los viajes, el matrimonio u otras causas. Separarse de ellos para educarlos es el más soportable de todos esos sacrificios, y si nunca lo hicieran los padres, jamás educarían hijos. Llama lista de madres colombianas y pregúntales cuáles quieren mandar sus hijos a educarse en los Estados Unidos, a ver cuántas se apresurarán a aceptar no solo resignadas sino gozosas, teniendo aquello como una buena suerte, y dime cuántas por egoísmo maternal o por temores pueriles, se denegarían. Te considero lo bastante inteligente para no colocarte entre las segundas. Además, si los niños fueran a quedar aquí en manos de extraños, alguna razón tendrías, que necesitan a mi cuidado, no creo que me haga la ofensa de decir que están mejor allá contigo que aquí conmigo.

Las luchas en las cuales yo he sobresalido son las estériles de la política, impuestas por la dureza de los tiempos y en las que yo nunca me he complacido, pero que están destinadas a cesar o a modificarse para la época en que nuestros hijos sean hombres, para ser reemplazadas por las luchas del trabajo industrial. Armar a nuestros hijos para que salgan victoriosos en ese género de combates es lo que exigen el bien entendido amor paternal y la más elemental previsión. Y luego, ¿te parece que yo he sido muy feliz con esa educación colombiana que tan buena parece? "Porque no has querido", vas a contestarme. Como si hubiera podido sustraerme a mi tiempo, al turbión de los sucesos, a las pasiones de los hombres, a todo el medio ambiente en que me ha sido forzoso vivir. ¡Ni haciéndome ermitaño! Pero por eso, precisamente por eso, porque no quiero que a mis hijos les vaya a pasar lo mismo que a mí, quiero educarlos fuera de su país, educarlos en una lengua extranjera, e imponerles una profesión que los mantenga alejados de la política. Si por ésta no hemos podido tú y yo ser tan felices como lo merecíamos, ayúdame a que mi triste experiencia les sea útil a ellos siquiera.

Yo he pensado hacer del uno un mecánico y del otro un electricista, si para ello resultan con disposiciones. Tengo la esperanza de que por la naturaleza de esas profesiones y habiendo crecido y educándose respirando otra atmósfera que la de nuestro desgraciado país, no caerán en la tentación de tomar cartas en la política y así podrán dedicarse al servicio positivo del progreso y a labrar su propia felicidad. Y esto que digo de los hombres, es aplicable en su mayor parte a las mujeres.

Adiós. No te quejarás de que te escribo corto. Te abraza estrechamente tu Rafael.



Hijos de Rafael Uribe Uribe
Fotografía Rodríguez, 1892
Archivo BPP

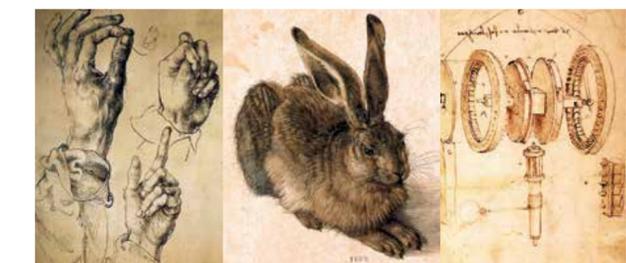
SON MUCHOS LOS QUE ESTÁN FELICES CON LA APERTURA DE ESTE RESTAURANTE VEGETARIANO
FIESTA VITAL 21 DE NOVIEMBRE
AMIGOS / MÚSICA / DEGUSTACIÓN

vitalcookmedellin@gmail.com
(57) 301 782 78 78
(57) 448 35 16
Vital Cook
calle 53 #42-17 Medellín

Aleman Pues
— Restaurante & Cervecería —

CATA
de cervezas alemanas
22 DE NOVIEMBRE

El Poblado Cra. 43B No. 11-76 Manila. Inscripción: 268 4420



Ver, Pensar y Hacer

TALLERES DE PINTURA, DIBUJO Y GRABADO

ALBERTO GONZÁLEZ

Calle 11A No 43E-5 - 3er piso - 301
Tel. 2 66 10 01 - Cel. 311 219 54 33

Pan Navideño
Pasas, nueces, fruta confitada, almendras, viruelas pasas y coco.

Kaldi Kaffe

Planetario de Medellín
entrada principal
Tel: 263 2511
Carlos E Restrepo calle 53 # 64A 31
tel: 260 1355

Panadería natural, cafés de origen

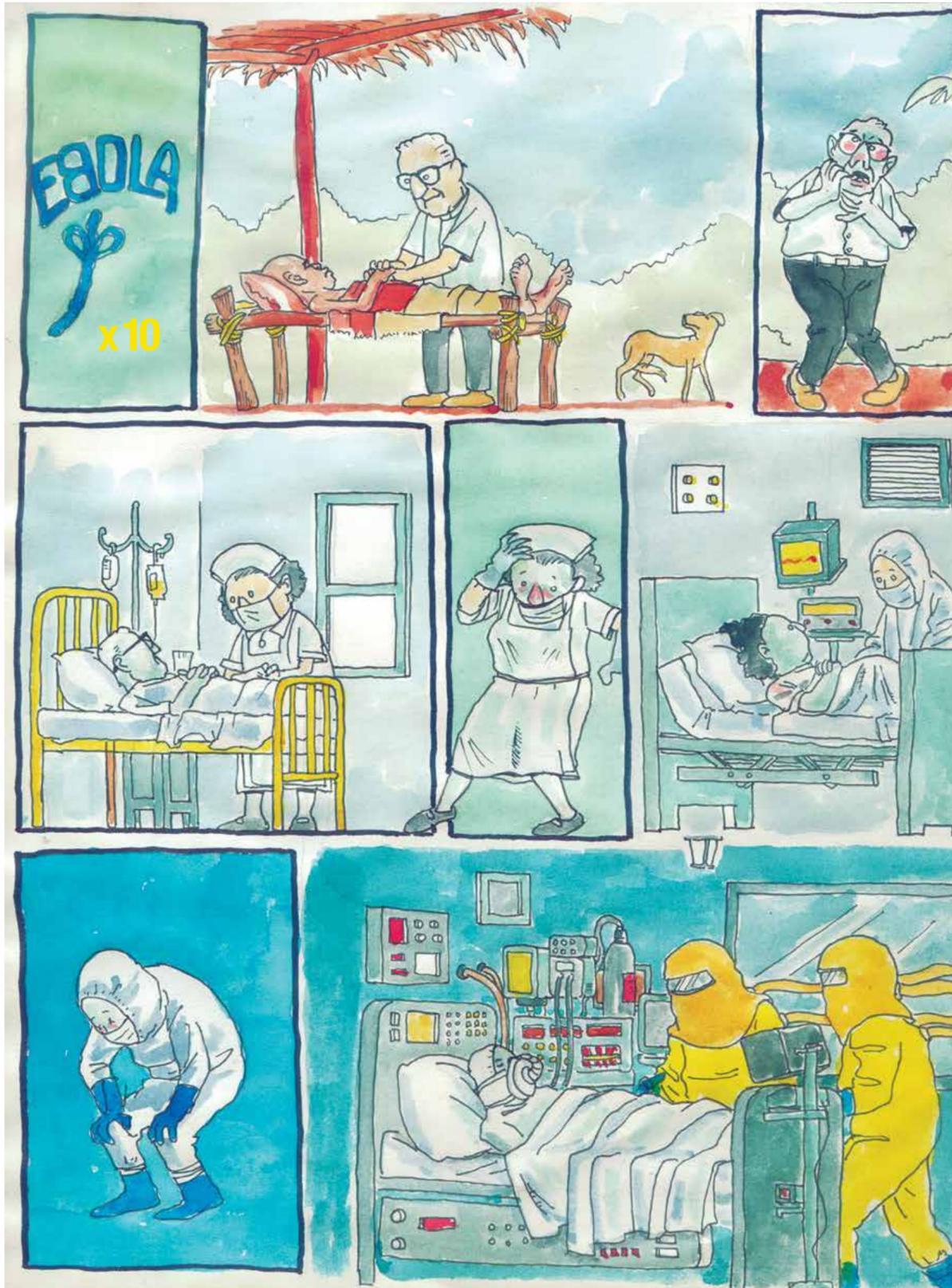
¿Lo dejaron tirado con su página web?



Contáctenos, tenemos la solución

contacto@cohete.net

cohete.net, trabajando desde el 2000



www.cinéfagos.net
 cine colombiano · crítica de cine
 artículos y ensayos · cómics · artes electrónicas

CIUDAD ESCUELA

Que te cojan
BIEN
 PARQUEADO

ESTOS SON LOS
 LUGARES PERMITIDOS
 PARA PARQUEAR



- | | |
|--------------------------|--------------------------|
| PARQUEADEROS AUTORIZADOS | PARQUE BERRÍO |
| LA CANDELARIA | PLAZA CISNEROS |
| WILLA NUEVA | BIBLIOTECA TEMÁTICA EPM |
| SAN ANTONIO | BANCO DE LA REPÚBLICA |
| CAMINO REAL | EL HUECO |
| PLAZA BOTERO | PARROQUIA SAN JUAN BOSCO |
| HOTEL NUTIBARRA | UNIVERSIDAD AUTÓNOMA |

www.medellin.gov.co #BienParqueado

Alcaldía de Medellín @AlcaldiaMed

Alcaldía de Medellín



DINOSAURIOS

Un imperio sin tiempo

La exposición en Explora y la SAO invitan a Ciencia en bicicleta:

La evolución del vuelo DE DINOSAURIOS A AVES

Invitado: **GARETH DYKE**

Graduado en biología de vertebrados de la Universidad de Dublin, doctor paleontología de la Universidad de Bristol, posdoctorado en zoología de vertebrados. Trabaja con el Museo Americano de Historia Natural.

Entrada libre

Jueves 6
de noviembre
6:30 p.m.



www.parqueexplora.org

Medellín
todos por la vida

Alcaldía de Medellín